

Serie terror
THANATOS

NOVELA INEDITA

Frank Caudett

Poseída



EDICIONES FORUM

Frank Caudett

Poseída

EDICIONES FORUM

1.ª edición: junio 1985

Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S. A.
Paseo de Gracia, 88, planta 5.ª 08008 Barcelona.

© Texto: Frank Caudett

© Cubierta: Ballestar - Ag. Norma

ISBN: 84-7598-154-2

Depósito Legal: M. 20.556-1985

Fotocomposición: T. G. S.

Luis Millet, 69. Esplugas (Barcelona)

Impresión: Gráficas FUTURA. Sdad. Coop. Ltda.

Villafranca del Bierzo, 21-23.

Fuenlabrada (Madrid)

Printed in Spain - Impreso en España, junio 1985

Las situaciones y personajes de esta novela son ficticios.
Todo parecido con la realidad es mera coincidencia.

1785 Leyenda

Ven hacia aquí, oh, gran morador del abismo, y haz que tú presencia se manifieste. Yo he colocado mis pensamientos sobre el llameante

pináculo que resplandece con la selecta

lujuria de los momentos de intensidad y se hace ferviente en el turgente oleaje.

Envía a ese mensajero de las delicias

voluptuosas y haz que esas obscenas imágenes de mis oscuros deseos tomen forma en futuros actos y hechos.

De la sexta torre de Satán descenderá un

signo que se unirá a las sales que hay en mi interior, y eso hará que venga a mí el cuerpo carnal que estoy invocando.

He congregado todos mis símbolos y he

preparado los atavíos del que ha de venir.

Con todo ello, la imagen de mi creación

acecha como un agitado basilisco que aguarda a que le liberen.

La visión se convertirá en realidad, y a través del alimento que mi sacrificio de, los ángeles de la primera dimensión se convertirán en sustancia de la tercera.

Sal al vacío de la noche y taladra esa mente para que responda con pensamientos que conduzcan a senderos de abandono lujurioso.

CONJURACIÓN DE LA LUJURIA

La biblia satánica

1

Joanne Newraan era ciega.

Algo más que ciega: No tenía ojos.

Contemplar las cuencas de su cara, vacías, era un espectáculo estremecedor.

—¡Eso tiene que haber sido obra del Diablo!

Así se murmuraba entre las gentes de Chichester. Así se decía...

Se decía que Joanne no era, ni más ni menos, que el monstruoso resultado habido de las relaciones aberrantes de su madre con un incubo[1].

Se hablaba también de que Vivien, la madre, luego de ser poseída por el Diablo, se había iniciado, y pretendido iniciar a otras mujeres del pueblo, en prácticas satánicas conducentes mayormente a tener contactos sexuales con enviados del Infierno. Éstos — siempre en versión de la *vox populi* se aparecerían en los *sabbats* donde aquélla participaba activamente integrándose en monstruosas invocaciones a Satanás, quien enviaba a sus demonios en forma de atractivos varones, los cuales, tras depositar en los cuerpos de las hembras vírgenes la mayoría—, la semilla del Diablo, se adueñaban de sus almas para ofrecerlas a Satán quien, a través de ellas, perpetuaba en la Tierra los poderes del Mal y de las Tinieblas.

Eso no respondía, ni poco, a la realidad.

Pero Vivien hubo de aceptarlo resignadamente al no disponer de explicaciones lógicas que justificaran ante sus vecinos el porqué de la carencia de ojos en las órbitas de su hija.

Y lo aceptó con tal espíritu de sacrificio que en muchos momentos comenzó a dudar de sí misma acabando por admitir la posibilidad de que, en sueños o sometida al influjo de algún poder maligno sin ella saberlo, hubiese recibido en su cuerpo la presencia física de un diablo enviado por el Príncipe de las Tinieblas, que hubiera engendrado en sus entrañas aquel fruto siniestro que había

nacido sin ojos.

—Si Dios eligió a la Virgen como madre de su Hijo... —le habló un día el herrero, de quien Vivien estaba enamorada—, ¿por qué no pensar que el Diablo te ha elegido a ti como madre de su malvada herencia?

Eso estuvo en un tris de enloquecer a la pobre y atribulada Vivien que, sin saberlo, empezó a odiar profundamente desde lo más recóndito de su corazón a aquella hija, a aquel horrendo castigo que todos despreciaban y que por él, también a ella.

La mujer, creyendo evitar así males mayores, decidió mantener alejada a Joanne de los demás habitantes de Chichester [2], para lo cual la recluyó en el sótano de la lóbrega vivienda que habitaban.

De esa forma, la niña se crió en la total oscuridad, como una bestia dañina, que recibía agua y alimentos una vez al día dentro de aquel siniestro habitáculo en el interior del cual fueron transcurriendo semanas, meses y años, y en el que fue creciendo entre los fermentos penetrantes y pestilentes de sus propios detritus mezclados con el orín.

Obviamente, Joanne no echaba de menos la luz ya que la falta de ojos en sus cuencas la habían condenado desde el primer día de su vida a permanecer para siempre en la total y absoluta oscuridad. Pero sus otros instintos y sentidos se fueron desarrollando, al menos físicamente, al compás de las evoluciones de su cuerpo, si bien en el aspecto psíquico las taras progresaron en su cerebro, y se agigantaron, conforme el paso del tiempo la iba convirtiendo, al menos aparentemente, en un ser adulto.

Apenas si hablaba. De su garganta y labios brotaban sonidos guturales, extraños ronquidos, enervantes gorgoteos animales que hacían estremecer a su madre cuando tenía ocasión de escucharlos.

Pero una noche, cuando ya Joanne había cumplido dieciséis años, sucedió algo terrible, verdaderamente diabólico.

Era obvio que Joanne, en la oscuridad que la rodeaba interior y exteriormente, era incapaz de distinguir el día de la noche.

Pero *aquello*, sucedió de noche.

De noche, sí...

—*Joanne...*

—*Grrrrrr...*

—*¿Sabes quién soy, verdad? ¿Lo presientes, no es cierto?*

—Grrrrrr...

—¿Quieres que te dé una prueba de mi poder? ¿Quieres que te conceda la facultad de hablar?

—¡GRRRRRRR...!

Se obró, sí, en aquel momento, el infernal milagro. Luego de que Él, dijera:

—Háblame, Joanne. Háblame... Ya puedes hacerlo. ¿Quién soy?

—Eres Satán, mi dueño y señor —dijo, sorprendida ante sus propios *poderes*, aquella criatura sin ojos que se había criado como una bestia salvaje.

—¿Quieres ser poseída, Joanne?

La respuesta fue concreta y los labios de aquel alma que iba a ennegrecerse la pronunció con exultante frenesí:

—QUIERO...

Hubo un silencio estremecedor en cuyo transcurso Joanne sintió que un frío extraño, súbito, se apoderaba de su cuerpo vivo, excitado, de animal joven y poderoso. De animal ansioso que palpitaba enfebrecido al arrullo de un lúbrico vendaval.

Habló luego aquella voz lejana, cavernosa, de eco tan diabólico como quien le daba sonoridad:

—*Por mediación de Mi Negra Llama, tú entrarás en el Infierno. Tus sentidos acaban de despertar a la alegría de un nuevo nacimiento. Las Puertas se abren ahora de par en par y tu paso es anunciado por los gritos inmortales de Mis bestias guardianas. Mi marca quedará grabada para siempre en tu conciencia. Su orgulloso significado te hará libre y gozarás en el Mal de esa libertad. Y yo, Satán, ordeno a todas las fuerzas de la oscuridad que te den unos ojos hermosos y se llenen de luz. Lo ordeno... ¡Y SE HACE!*

Instintivamente, Joanne subió ambas manos a las cuencas hasta entonces vacías y sus dedos, al tiempo que de los labios emergía un rugido de feroz alegría, palparon el bulto de unos ojos que acababan de aparecer en el interior de sus órbitas.

—¡Veo... —murmuró roncamente—. VEO!

—Ya eres mía, Joanne. Pero nuestra unión tiene que consumarse de manera física para que tus entrañas engendren el

fruto de tu entrega a mí. Serás poseída y para que eso suceda ordenaré a Belfegor que vaya a tú presencia y tome tu cuerpo, se sacie en él y deposite dentro de ti el óvulo que a través de la carne deberá perpetuar el Mal en la Tierra. Tendrás un hijo, que será Mi hijo, y él, como tú ahora, hará mi voluntad por los siglos de los siglos a través de sus descendientes. Te ordeno, Joanne, que partir de este momento en que te hago mía adueñándome de tu alma, estés dispuesta para recibir a Belfegor[3] *Para adorarle, honrarle, reverenciarle y darle cuánto te pida.*

—No tendrá que pedirme nada, mi señor Satanás —Joanne había caído de rodillas y besaba el suelo sin importarle la presencia y el hedor de sus propios excrementos—, ¡porque yo se lo entregaré todo! ¡Te amo, Satán! ¡Te adoro! Y le amaré a él lo mismo que a ti. Y le daré mi alma, y mi cuerpo, y mis entrañas, y mi vida entera si es necesario.

Entonces, dentro de aquel siniestro habitáculo estalló un trueno ensordecedor que hizo temblar las paredes.

—*Hágase en ti mi voluntad* —dijo la voz siniestra del Averno, antes de enmudecer definitivamente.

—¡Que se haga en la Tierra y en los Infiernos, mi señor Satán!

Luego, Joanne Newman, cayó en un extraño y profundo sopor.

Cuando la muchacha despertó de aquel profundo letargo en que había quedado sumida tras haber escuchado la demoníaca revelación, tuvo la certeza de que para ella todo empezaba a partir de aquel instante.

No recordaba con exactitud lo sucedido y sólo tenía una vaga, lejana consciencia de los hechos. Era lo mismo que si hubiera pasado los dieciséis años precedentes pérdida en un mundo extraño, en el abismo profundo de un sueño alucinante donde la realidad y la fantasía se confundían, se ensamblaban en una incomprensible simbiosis que desvirtuaba por igual a una y otra.

Joanne Newman, de lo primero que se percató, fue de su libertad. De que alguien la había librado de aquel valle interminable de tinieblas por el que estuviera vagando hasta entonces.

Echó a correr, enloquecida, como si aquel acto físico le sirviera para reafirmar su inicial impresión.

Corrió, corrió y corrió, llenando los pulmones con el aire de la libertad. Saciándose de cuánto hasta aquel momento había carecido.

Sin horizonte ni frontera.

De pronto se detuvo como si un muro invisible se hubiera interpuesto en su loco galopar y sus dedos se alzaron, sin saber por qué ni a qué obedecían, para palparse ambos ojos y celebrar su presencia en las cuencas con delirante frenesí.

—¡Veo, veo, veo, VEO!

El único recuerdo que se manifestaba de su lejano y extraño pasado era la oscuridad. Por eso, ahora, a ella, la noche le parecía un estallido de luz y color. Un fogonazo cromático que hería sus retinas haciéndola sentir viva.

Se dio cuenta de que se hallaba perdida en mitad de un tupido y lujurioso bosque en el que se alzaban gruesos arbustos de frondosos penachos verdes. En el que crecían magníficas plantas silvestres. Altísimos matorrales de hierbas desconocidas.

Flores...

Que se marchitaron en el mismo instante en que fueron acariciadas por las yemas temblorosas de sus dedos. También vio unas enormes plantas bulbosas que parecían manchadas de sangre... Sangre que se había secado o que se secaba al contacto de sus manos.

Lo que ignoraba Joanne entonces era que desde el momento en que las rozara, aquellas setas se habían tornado venenosas.

Porque ella era el Mal Ella, el *veneno*. El horror... Porque si bien sus ojos habían nacido a la luz, su alma, más que nunca, se había integrado para siempre en las tinieblas del Averno.

Pero como al mismo tiempo Joanne sentía que acababa de nacer y aceptaba haber nacido en el Mal... ¿Qué podía importarle todo lo demás?

Por eso siguió su loca carrera. Su ciego frenesí, a pesar de la luz que ahora alentaba en sus cuencas antes vacías. Su huida hacia el nuevo mundo que los retorcidos designios del Infierno habían trazado para ella. Subiendo hacia lo alto de una montaña igual que si volara por encima de la ladera.

Sin sentir fatiga ni cansancio.

Hasta coronar la cima de la misma, en la cual —frente a la

colina donde se ubicaba el cementerio de Chichester— se tropezó con un enorme y deshabitado caserón, en el que decidió instalarse para vivir su *libertad*.

Libertad condicionada por su entrega a Satán.

Poseída por Él, viviría a partir de aquel instante los compases más trágicos y aciagos de su existencia.

2

La convulsión que sufrió el pueblo entero al conocer la noticia, fue épica, de antología.

—¡Joanne Newman tiene ojos en la cara!

—¡Le han... le han *salido* de repente!

—Eso, como antes la falta de ellos, ¡es obra de Satán!

—¿No os lo dije yo? ¡Está poseída! Como su madre... ¡Las dos son brujas!

—¡Cierto! ¡El herrero está en lo cierto! Madre e hija copulan con Satanás. Joanne es hija del mismísimo Diablo... ¡Y seguro que no tardará mucho tiempo en dar a luz un vástago demoníaco!

—¡Es verdad! ¡Clint Lewis está diciendo la verdad! Veréis... Bueno, yo, hasta ahora no había querido hablar de este asunto... Es que... Me parecía algo tan horrendo, tan monstruoso, que...

—¡Déjate de historias y rodeos y ve al grano, Norris!

—Bueno. Bueno... Sí... Veréis... Yo, la otra noche, salí al monte para preparar unas trampas... Necesitaba un par de conejos machos... Bueno, a lo que iba. Cuando regresé al pueblo lo hice dando un pequeño rodeo que me llevó a pasar por las inmediaciones de la casa de Vivien Newman... ¡Me estremezco con sólo recordarlo, os lo juro!

—¿Quieres acabar de una puñetera vez, Tony Norris?

—¡No seas tan exigente, Lewis! No puedes imaginarte el miedo, el horror que sentí... Acababan de dar las doce. Aún resonaba el eco de la última campanada cuando en la puerta de aquella horrible casa brilló una luz intensa, cegadora, que me deslumbró por completo. Durante unos instantes tuve la agobiante sensación de haberme quedado ciego. Y, cuando pude ver de nuevo, contemplé en el interior de aquella circunferencia luminosa el ser más horrible que imaginaros podáis. Era... Era gigantesco, ¡horrendo! Mitad hombre y mitad lobo. Con un morro enorme, arrugando la piel de

los lados al emitir estremecedores gruñidos, lo cual permitía ver unos dientes blanquísimos, afilados, de los que resbalaban unas gotas de sangre. La puerta de la casa se abrió de repente y apareció Vivien completamente desnuda... El diabólico engendro pasó al interior abrazando entre sus patas el cuerpo pecaminoso e impúdico de esa bruja. ¡Jamás en mi vida había contemplado escena más repugnante que aquella!

—¡Tenemos que hacer algo! ¡Esto no puede continuar! ¡Nuestras mujeres e hijas corren un grave peligro! ¿Quién nos asegura que Vivien y Joanne no las están iniciando en ritos diabólicos? ¿Qué garantías tenemos de que nuestras hembras no puedan ser poseídas por Satán en cualquier momento? Sin nosotros saberlo, la carroña del Infierno puede penetrar en nuestros hogares...

—¡Es verdad! ¡Debemos acabar con esas brujas! ¡Hacerlo es una obligación cristiana y moral!

—¡Seguro! ¡Hay que lapidarlas!

—¡Nada de eso! ¡Las quemaremos vivas! ¡El fuego purificará el ambiente limpiándolo de residuos satánicos! Y así, el Diablo sabrá que sus malas artes nada tienen que hacer en Chichester.

—¡Una vez más, Clint Lewis está en lo cierto! ¡Tienen que arder en la pira!

—¿Sabéis dónde ha ido a vivir Joanne?

—En el caserón deshabitado que hay delante del cementerio, ¿no?

—Exacto. Allí... Desde la misma noche en que su señor Satanás le puso ojos en la cara. ¿Sabéis por qué?

—No...

—Para estar más cerca del Diablo. En ese siniestro habitáculo, hace exactamente un siglo, Mateo Hopkins[4], el *descubridor general de brujas*, halló a la pérfida y pervertida Sapho, entregándose a los más inmundos placeres en los brazos del Demonio. Hopkins la obligó a confesar sus culpas y a admitir que mantenía aberrantes relaciones carnales con Satanás desde hacía mucho tiempo. Luego, fue quemada viva.

—Propongo una cosa: ESCUCHADME.

—Adelante, Lewis.

—Esta noche nos acercaremos al caserón, al punto de las doce, para observar desde cerca las maldades de Joanne. Y mañana

acudiremos a Brighton para explicarle al doctor Harper cuanto hayamos presenciado. Después, que sea él, como *picador* oficial, quien decida lo que debe hacerse con esa repugnante discípula del demonio. Estamos obligados a actuar conforme a la Ley para que nunca se nos pueda acusar de haber cometido una injusticia. ¿De acuerdo?

—¡Eso!

—¡De acuerdo!

—¡Haremos lo que dice Clint Lewis!

3

El rumor llegó a oídos de Vivien —aún confundida por los hechos inexplicables que se habían producido en la persona de su hija, por la repentina y sobrenatural llegada de ojos y luz a sus órbitas, por su misteriosa huida al lóbrego caserón de sobrecogedor pasado que se alzaba en la cumbre de una montaña frente al cementerio de Chichester—, haciéndola sentir la más infeliz de las mortales.

No le importaba cargar con culpas que no le pertenecían. Ni admitir que había tenido relaciones con Satanás... Que se había entregado a *Él*. Tampoco que se le abriera un proceso por bruja que conllevaría penosos interrogatorios y las más crueles torturas. No, no le importaba. Nada de todo aquello le importaba si en cambio conseguía salvar la vida de su hija preservándola de cualquier absurda venganza.

Se daba cuenta ahora, en aquel momento, de su horrible pecado: había odiado a Joanne al suponer que por su causa las gentes del pueblo la despreciaban y calumniaban; decían de ella las cosas más horrendas. La había condenado a la soledad de un sótano inmundado convirtiéndola en una bestia, en un animal arisco, peligroso, lleno de rencor y desesperación, en cuya alma, sin duda, a lo largo de los años, había germinado un poderoso instinto de rebeldía.

Había sido despiadada y cruel con su propia hija. Con una criatura que no era responsable de su desgracia, de su tragedia.

¡Y ahora querían quemarla viva, por bruja!

Tenía que hacer lo que fuese por impedirlo.

Decidió, pues, subir al caserón, y lo halló desierto.

Una sensación de mortal angustia se adueñó de la mujer haciéndole imaginar lo peor.

¿Y si ellos ya la habían capturado y estaban torturándola?

—¡Oh, Dios mío, no! —Cayó de rodillas en actitud suplicante—.

¡Por tu Hijo te lo pido! ¡No permitas que le hagan ningún daño a mi Joanne!

Lloró amargamente. Sintiendo más culpable que nunca de lo que pudiera sucederle a su hija.

—¿Cómo te atreves a nombrar a Dios, madre?

La pregunta restalló en los oídos de Vivien como un auténtico escopetazo. Sin saber exactamente el por qué un estremecimiento súbito, poderoso, flageló de una manera casi física su endeble naturaleza.

Revolviéndose al tiempo que se alzaba, exclamó:

—¡Joanne! ¿Por qué has...?

No llegó a completar el interrogante.

Ahora, al mirarla, el estremecimiento fue mayor.

Aquellos ojos...

En la mirada de aquellos ojos que no se acostumbraba a ver, que no comprendía cómo podían estar *allí*, Vivien distinguió un brillo sobrecogedor, demoníaco. Una trágica realidad procedente del Infierno que hablaba en silencio del horror que se ocultaba tras ellos. De la maldad...

—Vete madre —dijo la muchacha con acento despectivo—. No quiero volver a verte nunca.

Vivien cayó de nuevo de rodillas arrastrándose hasta los pies de su hija sin importarle la humillación. Admitiendo de buen grado que era la penitencia que le correspondía por lo despiadado de su comportamiento con ella en los años precedentes.

—¡Hija... Hija mía! ¡Escúchame, te lo imploro!

—¡Yo no soy tu hija! —Escupió la jovencísima Joanne, acentuándose el brillo pérfido de sus maravillosos ojos verdes—. ¡Te odio!

—Pero... —Puso las manos en los pies de la muchacha pretendiendo acariciarlos—. ¿Qué te sucede? ¿Qué han hecho contigo?

Una carcajada gutural vibró en los labios de Joanne temblando en el ámbito con eco perverso.

—¿Te atreves a preguntarlo, maldita? Tú, que has sido la causa de todas mis desgracias. Tú, que renegaste de mí. Tú, que me condenaste a la oscuridad y al silencio. ¿En nombre de quién te atreves a preguntarme?

—¡En nombre de Dios, hija mía! —gritó con patética desesperación—. ¡Del único que puede salvarte!

Joanne, rugiendo de rabia como una posesa, escupió sobre la cabeza de su madre.

—¡Os escupo! ¡Os maldigo! ¡Os desprecio! ¡Yo no tengo más señor que Satanás! ¡Más dueño que él! ¡Soy su preferida! ¡La que ha elegido para perpetuar el Mal a través del fruto de mis entrañas!

—¡No blasfemes, Joanne! —Vivien lloraba amargamente mientras pretendía seguir acariciando los pies de su hija en el colmo de la humillación.

El rostro de la muchacha, hermoso y cruel a la vez, se crispó en rictus demoníaco. Sus ojos se convirtieron en ascuas infernales, chisporroteantes, que despedían esquivas de locura.

—¡Tú eres quien blasfema! Tú, que te permites insultar a la luz de mis ojos, al amor de mi corazón... Me ha poseído, ¿lo entiendes? ¡Soy suya para siempre! ¡Su humilde esclava! ¡Su más fiel servidora! Su... *poseída*.

—¡Joanne... Joanne, hija mía! ¿Es que no lo comprendes? ¡Ellos te matarán! ¡Quemarán tu cuerpo sobre la pira acusándote de bruja! ¡De haber tenido contacto físico con Satán!

Otra vez aquella risotada delirante, diabólica, siniestra, alentó encima de los carnosos labios de la muchacha.

—¿Acaso no es verdad, madre?

Vivien se fue alzando despacio, con lenta desesperación, aferrando con las dos manos la falda de su hija.

—¡Joanne, por piedad! ¡Tienes que olvidar esas cosas tan horribles que has dicho! ¡Tienes que olvidarlas para siempre! Yo... Yo te acompañaré a un lugar donde viven unos hombres santos que arrancarán el Diablo de tu alma. Que te devolverán tu pureza, tu virtud. Confía en mí... ¡Juro hacerte todo el bien que hasta hoy te había negado!

Zozobró el cuerpo de Joanne al compás de una crispación animal.

—¡NUNCA! ¡JAMÁS HARÉ ESO QUE DICES! ¡QUIERO TENER A SATANÁS DENTRO DE MÍ... MUY DENTRO DE MÍ!

Súbitamente una extraña metamorfosis se experimentó en la presencia de ánimo de Vivien Newman. De su actitud pasiva, suplicante, llorosa, pasó a un estado de resolución, de entereza,

arrollador. En sus ojos oscuros brilló una llama decidida. Una promesa firme estuvo presente en ellos y tuvo su prolongación en las palabras pronunciadas seguidamente:

—Aunque no lo quieras, te llevaré. Nada quebrantará mi firme voluntad. Sé que he sido la culpable y causante de tu tragedia, pero a partir de este momento haré todo lo que sea necesario para devolvarte a la realidad, a la vida, a la verdadera luz. Aunque tenga que arrancarte esos ojos malignos que *Él* te ha dado.

Joanne, a continuación, masticó con profundo odio cada una de las letras que fueron brotando de sus labios:

—Si te atreves a tocarme... *¡te mataré!*

—Tendrás que hacerlo, hija mía repuso con gallardía, con desafío casi, la madre.

Extendió una mano pretendiendo atrapar a Joanne por una de sus muñecas y tirar de ella.

La muchacha dio un salto atrás al tiempo que alzaba las suyas, crispadas como garras, amagando al unísono un movimiento de agresión y defensa.

—¡No me toques!

—Ven... —Y repitió el ademán, con más fuerza ahora, tratando de reducirla por la violencia.

Vivien, en su fuero interno, confiaba en que su hija se comportara con sumisión y docilidad, accediendo a lo que ella pretendía.

No acababa de creerse que todo cuanto le había explicado respondiera a la realidad. Más bien lo achacaba a un simple acto de rebeldía. A una necesidad de ofenderla y humillarla, de hacerla sufrir en justa reciprocidad por los padecimientos que ella, sin tener plena conciencia de lo que hacía, le infligiera durante todos aquellos años.

Tarde descubrió el error.

Ni el aullido procedente de la garganta de Joanne, ni el fuego demoníaco de su mirada, ni la baba que asomó por entre sus labios, ni las contracciones espasmódicas de su cuerpo poseído, fueron suficientes para alertarla del mundo de horrores que de un instante a otro iba a desencadenarse a su alrededor.

La muchacha repitió el aullido.

Seguidamente un brinco más propio de un animal furioso, ávido

de sangre, que de una mujer, animó su cuerpo contraído llevándolo a caer con terrible violencia encima del de su madre.

Sus dedos, extendidos hacia delante y separados, mostrando aquellas larguísimas uñas de las que nadie se había cuidado durante muchísimo tiempo, se clavaron como diminutos y puntiagudos cuchillos en el rostro de Vivien, el cual, al instante, se vio inundado por la sangre que brotaba caudalosamente de los surcos que se habían abierto en su piel y que permitían ver la carne.

Joanne, excitada hasta el paroxismo por la presencia del rojo y viscoso fluido, abundando en las contracciones diabólicas que crispaban su naturaleza para proyectarla después con brutal ferocidad, retiró las ensangrentadas uñas para introducirlas de nuevo en los surcos, agrandándolos, destruyendo epidermis y tejidos, escarbando hasta conseguir que la carne asomara afuera mezclada con la sangre, componiendo un amasijo nauseabundo.

—¡Aaaaaaaaaaaaaag! ¡Dios... Dios mío! ¡Ayúdame!

Ya nada podía contener ni controlar la acción asesina de aquella joven criatura de llameantes ojos verdes que gruñía, babeante de satisfacción, conforme repetía una y otra vez en el rostro de Vivien Newman la entrada y salida de sus uñas teñidas en pringue escarlata.

Uñas... *¡que se hundieron vorazmente en las órbitas de la otra como si pretendieran incrustarle los ojos en la parte interior de la nuca!*

No...

No era *ésa* la pretensión de Joanne, porque las sacó instantes después.

Retiró las uñas de adentro de las cuencas tras un brutal tirón...
TRAYÉNDOSE LOS GLOBOS OCULARES PEGADOS A ELLAS.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaag! —Fue estremecedor, infrahumano, alucinante, el bramido que brotó de la enloquecida garganta de Vivien, que pareció conmocionar hasta las raíces de los más sólidos arbustos.

Joanne, enloquecida, estalló en carcajadas horrisonas al contemplar con ojos desorbitados por el fervor diabólico que la alentaba, aquellos minúsculos círculos oscuros, sangrantes, clavados en el extremo afilado de sus uñas que eran auténticas garras animales.

El rostro de quien tarde y trágicamente había tomado conciencia de su condición maternal y de las obligaciones y sacrificio supremo a que ello la obligaba, quedó convertido en una mueca infame, en un espectro de locura por cuyas cuencas vacías, además de la sangre, brotaban chorros de humor vítreo, pingajos de carne licuada, y mucho horror.

Horror, sí.

Horror era también lo que surgía de aquellas órbitas siniestramente vaciadas.

Con las dos manos apretadas contra la cara, gesto que podía deberse a un movimiento reflejo destinado a ocultar la terrible realidad, a contener la sangre, o a un baldío intento de aliviar el insoportable dolor, Vivien Newman cayó nuevamente de rodillas en tierra quedando a merced de la perversa avidez de su hija... De aquel ser que ahora sí, ahora se había mutado en un horrible engendro luciferino, en un animal feroz y sádico, ebrio de sangre.

Las uñas buscaron la garganta de la mujer desgarrándola con igual facilidad que lo hubieran conseguido las garras de un tigre. Destrozando piel, tejidos, carne, cartílagos y huesecillos, hasta aunarlos en una masa roja y viscosa, estremecedora, que revolvía el estómago produciendo náuseas y vómito.

Joanne metió ambas manos por el terrible boquete que había abierto en el cuello de su madre pretendiendo vaciar el interior de su cuerpo mientras escarbaba con morbosa complacencia, afanándose en extraer el contenido de aquél, inmersa en la febril alucinación que le producía la caudalosa presencia del líquido escarlata en cuyo baño adherente se fue sumergiendo hasta acabar convertida en un repugnante océano de sangre.

Luego, tiempo después, sin que tuviese noción de si había transcurrido mucho o poco, lo mismo que una bestia feroz, que un repulsivo depredador, fue recogiendo la ensangrentada carroña guiada por el instinto de ocultarla a los ojos de cualquiera que pudiera pasar por allí.

La vetusta, destartalada construcción, estaba sumida en un baño impenetrable de tinieblas. Era, en realidad, una vasta nave cubierta con techo en forma de triángulo que sostenían unas paredes débiles, resquebrajadas, que mostraban profusas grietas. Unas paredes que daban la sensación de poder venirse abajo en el momento menos esperado.

Dentro, estaba dividida en dos habitaciones. Una que servía de comedor y cocina, o que había servido de eso en tiempos pretéritos. La otra, era un dormitorio conteniendo un desvencijado catre. En uno de los vértices, en tierra, se veía un agujero en funciones de retrete. De él, se alzaba un vaho fétido que enturbiaba el ambiente de la casa hasta hacerlo, en ocasiones, irrespirable.

La oscuridad apenas permitía distinguir aquel bulto acurrucado, encogido, que se aplastaba contra uno de los ángulos de la habitación, con las manos abrazando las rodillas y la cabeza inclinada hasta casi clavar la barbilla en el busto.

Silencio.

De pronto, ella, gritó:

—¡Satán! ¡Mi señor! ¿Estás ahí?

—¡Necesito ser poseída de nuevo! ¡Anhelo sentirme tuya! ¡Deseo notar en mis entrañas el bálsamo de tu fluido! Esa lluvia que apaga el volcán incandescente de mi pasión... ¡Por favor, Satán, ven a mí! ¡Tómame una vez más!

Conforme recitaba aquella retahíla lujuriosa que plasmaba sus ancestrales deseos de animal lúbrico incapaz de contenerse, de dominarse, se puso en pie. Y, tras una pausa fugaz, con ambos brazos extendidos hacia lo alto, preguntó, patética, convencida de que realmente alguien, *Él*, la estaba escuchando:

—¿Acaso no te sientes orgulloso de mí, Príncipe de la Oscuridad? Ella pretendía apartarme de ti... Alejarme de esas

deliciosas tinieblas a las que tú me has llevado a vivir. La he matado. La he destrozado con mis propias manos para que purgase con el dolor su loco desafío. Para que sufriera en sus carnes el horror en que pretendía sumirme. ¿Qué más debo hacer para merecerte? ¡Dímelo! ¡Dímelo, mi señor! Tus órdenes serán cumplidas puntualmente. Lo haré todo, TODO... ¡Todo con tal de merecer tu amor!

Una nueva y breve pausa precediendo al grito, a la desesperación:

—¡SATÁN, TE LO SUPlico! ¡VEN A MÍ! ¡TÓMAME!

Coincidiendo con el eco que prestaba a sus lamentos históricos, a sus peticiones nefandas, la acústica del solitario y tenebroso lugar, se produjo un estallido.

Todo tembló alrededor de la hembra ansiosa, frenética, haciéndola zozobrar de gozo al intuir que aquel estallido era el prólogo, el preludio diabólico que le anunciaba la presencia de *Él*.

Luego, la tierra pareció resquebrajarse al compás de las sacudidas voluptuosas de un devastador terremoto y de su interior, coincidiendo con nuevos estampidos, confundándose con el estruendoso rugir de sus enfurecidas vísceras, surgieron espesas columnas de humo rojo-anaranjado que fue diluyéndose poco a poco en una especie de neblina en la que predominaban chispazos de tonalidad ocre.

Un asfixiante olor de azufre se disolvió en el aire. Joanne lo aspiró con fruición como si se tratara de un bebedizo polvoriento de cualidad afrodisíaca que la enajenara, turbando sus sentidos y haciéndola hervir de deseo.

Despacio, con lentitud reverenciosa en la que parecía complacerse, se fue despojando de sus ropas harapientas hasta ofrecer en la oscuridad que tras los fogonazos iba adueñándose nuevamente del entorno, la fragancia impúdica de su desnuda juventud.

Por entre los residuos de la nube ocre, que paulatinamente se había ido difuminando, apareció la silueta escalofriante y majestuosa a la vez de un ser fascinante en el que se aunaban atractivo y monstruosidad. Era un extraño engendro cuya diabólica condición parecía manifestarse en el largo morro de lobo cuyos dientes brillaban en las negruras. En el poderoso tronco humano de

músculos relucientes que daban la sensación de estar bañados en una sustancia oleaginosa.

Sus extremidades superiores se separaron al tiempo que se extendían hacia el desnudo cuerpo de la hembra mientras aquellas horribles fauces se movían, para decir con ronco, aullante registro:

—*Ven, Joanne. Ven... Yo soy el premio a tu fidelidad. A tu amor. A tu entrega sin límites ni condiciones.*

La muchacha, como prendida en un profundo trance hipnótico, avanzó hacia el licántropo[5] con un brillo sumiso en la mirada. Suplicando que la entrega de su voluptuosa desnudez fuera aceptada con igual pasión con que ella la ofrecía.

Dijo:

—Sí, mi señor. Sí... ¡Tú eres mi premio! ¡Tú eres el amor! ¡Tú la verdad! ¡Te adoro, Satán! ¡Tómame y no me dejes nunca!

Un suspiro que, como antes los estampidos, hizo tremolar suelo y paredes por la furia en él depositada, emergió de los labios sensuales, entreabiertos, de Joanne Newman, cuando se sintió abarcada, estrujada materialmente, violentamente, entre las patas de aquella bestia que inició la posesión con salvaje frenesí.

—¿A qué estamos esperando? ¡Lo hemos oído!

—¡Y las rendijas nos han permitido obtener una visión fugaz, pero visión a fin de cuentas, de cómo la poseía Satanás!

—Hemos de atenernos a lo convenido. He dicho que mañana iremos a presencia del doctor Harper para contarle lo que acabamos de presenciar.

—¡Mierda! ¿Qué más pruebas necesitamos? ¡Es una bruja repugnante que se entrega al Diablo! ¡Hemos sido testigos de su cópula con él! ¡Ya no existe motivo para temer la injusticia o el error! ¡Terminemos con ella!

—¡Norris tiene razón esta vez, Clint! ¡Amontonemos leña delante mismo del caserón y hagamos arder a esa sucia ramera!

—¡Eso, sí! ¡Convirtámosla en una tea humana!

—¡No seas sacrílego, Jason! ¡De humana no tiene nada!

—¡Callaos de una maldita vez, estúpidos!

—A ver, oigamos lo que quiere decirnos Clint Lewis.

—Vamos a capturarla para llevársela esa misma noche al doctor Harper. Sólo él está facultado para decidir si debe arder o no.

—Eso está mejor, Clint. ¡Vayamos por ella!

Un grupo de hombres enardecidos se arracimó junto a la puerta del caserón, zumbando lo mismo que un enjambre de zánganos malévolos ansiosos por devorar a la reina... a la reina del Mal.

Algunos de ellos portaban llameantes antorchas que mantenían en alto con ademán elocuentemente amenazador.

—¡Ahora!

Cargaron furiosos contra la madera arrancando la puerta de cuajo, dejándola colgada a jirones de las enmohecidas bisagras.

La luz de las teas prestó al punto una pincelada dantesca al interior de la tétrica construcción.

Joanne, que aún seguía desnuda, sorprendida por la inesperada irrupción de la reducida pero vociferante horda, retrocedió a trompicones buscando con mirada tenebrosa algún lugar en que cobijarse, esconderse a las intenciones violentas de aquella camada humana.

—¡Allí está!

—¡Ya es nuestra!

Un colérico rugido brotó de la boca, crispada ahora en mueca que reflejaba rabia e impotencia, de aquella extraña criatura que vio interrumpido su retroceso, bruscamente, al chocar contra la pared.

Cayeron encima de Joanne como famélicos buitres y mientras unas manos se crispaban en los cabellos estirándolos con brutalidad, varios puños se aplastaron contra su rostro sensual convirtiéndolo, en cuestión de segundos, en un baño de sangre bajo el cual la nariz quedó fracturada y los labios partidos, tumefactos.

—¡Apartaos!

Obedecieron la imprecación, más que orden, instintivamente, y entonces una bota contactó de puntera con el vientre terso de la hembra que, aullando dolorosamente, se retorció en tierra hecha un ovillo de carne.

La misma bota, ahora, clavó su afilada punta en la cara destrozada acabando de reducirla a la condición informe de muñón. Un diluvio escarlata surgió a la misma vez de diversos puntos desapareciendo tras él cualquier vestigio humano que hubiera existido en el rostro de Joanne Newman.

La acción demoledora del calzado se repitió por tres veces más, consecutivamente.

—¡Basta ya, Tony Norris! ¿Es que te has vuelto loco? ¡La vas a matar!

—¿Acaso se merece otra cosa? ¡Es una sucia prostituta! ¡Una bruja inmunda que ha entregado su cuerpo al Diablo! ¡La voy a patear hasta destrozarla! ¡Apartaos de mí!

—¡He dicho que ya basta, Norris! ¡BASTAAAA!

Cuando entre todos consiguieron reducir la irascibilidad asesina del llamado Norris, lo que *restaba* de Joanne era difícilmente descriptible.

—Yo no quiero creer todo lo que dicen esos hombres, Joanne. Sé que son como animales ávidos de sangre que no vacilarían ni un instante a la hora de sacrificarte. Aún no comprendo cómo Clint Lewis ha conseguido controlarles y traerte con vida hasta aquí.

El que así hablaba hizo un alto en su verborrea acercándose unos pasos al lugar donde se encontraba la joven.

Aquella estancia de tétrica geometría no era más que una de las celdas en que estaba dividido el sótano abovedado del palacio del doctor Harper. Celda de paredes mohosas que rezumaban humedad hasta el extremo de que por las juntas de los pétreos y macizos bloques surgían diminutos riachuelos, canalillos de agua helada, cuya gélida transpiración se iba filtrando poco a poco en los cuerpos de los reos que allí permanecían prisioneros hasta afectar gravemente su salud.

Joanne estaba colgada de la pared por medio de gruesas cadenas que finalizaban en argollas cerradas alrededor de sus muñecas. La cabeza, doblada, caía sobre su busto desnudo, y el largo cabello negro, sedoso pretendía cubrir como un manto azabache parte de sus pródigos encantos.

El rostro, desfigurado a causa de la brutalidad que aquellos hombres habían desencadenado en él, aunque quedaba oculto, ofrecía un rictus escalofriante de rabia y dolor.

—De todas formas —prosiguió Vernon Harper—, lo que sí es cierto, pequeña, es que naciste sin ojos y de pronto han aparecido dentro de tus cuencas vacías dos preciosas pupilas verdes. ¿Por qué? ¿Cómo puedes explicar *eso*? También es verdad que no hablabas a causa del confinamiento a que te sometió tu madre durante varios años en el sótano de vuestra casa. Y, sin embargo, ahora, parece que sabes expresarte con sorprendente y perfecta coherencia. ¿Por qué?

La muchacha se mantuvo en absoluto silencio.

—¡Mírame, Joanne! ¡Me estoy dirigiendo a ti!

Lo hizo, sí. De forma instintiva. Alzando la cabeza sin que su voluntad manifestara un excesivo interés por enfrentarse al hombre que le hablaba.

Sus ojos turbios, perdidos en el interior de aquel mundo infecto en que los hombres del pueblo habían convertido su cara, buscaron el rostro inquisidor. Recorrieron su apuesta figura evidenciando un rápido y nervioso parpadeo pese a las dificultades que ello le comportaba puesto que la sangre mantenía los párpados prácticamente pegados.

Un rictus extraño contrajo los labios rehinchados y violáceos que poco antes fueran carnosos y sensuales. Fue como si al captar las facciones del *picador* oficial de Brighton, Joanne experimentara una sensación que sus condiciones físicas no le permitían evidenciar como deseaba.

Le inspiró horror y al mismo tiempo se sintió atraída por él.

Debió reconocer para sus adentros que era un hombre exquisito, elegante, de poderoso atractivo. Con una belleza poco común en los varones pero que no restaba un ápice de su masculinidad. Era fornido, de poderosa musculatura, altivo y desafiante.

También su crueldad refinada debía ser poco común a los seres racionales dotados de conciencia.

—¿Porque tienes ojos y puedes hablar, eh?

La boca de Joanne Newman apenas si emitió un ininteligible gruñido.

Vernon Harper dio un nuevo paso hacia delante para ponerse en cuclillas frente a la muchacha. Extendiendo el índice diestro sobre la ingle del mismo lado de ella para señalar la verruga allí existente, preguntó:

—¿Es este tu *sigilium diabol*[6]?

No hubo respuesta.

El hombre, al tiempo que se alzaba, volvió sobre sus pasos, sentenciando:

—No me dejas opción, Joanne. Tu negativa a colaborar va a reportarte muchos dolores innecesarios... —Y ladeando la cabeza a la derecha, llamó—: ¡Kabul!

—Mi señor...

Era un tipo gigantesco, enorme, al que sólo se podía tildar de

humano por su estructura ya que no por la asombrosa generosidad de sus músculos ni por su descomunal caja torácica, con unos pectorales que parecían de brillante acero. Sus brazos semejaban un par de troncos de sólidos arbustos que le hubiesen sido colgados a cada extremo de la vigorosa clavícula.

Llevaba un ajustado pantalón negro, reluciente como el tafetán, que ponía en evidencia lo fibroso de sus largas piernas. Desnudo por completo el tórax arrollador, una ancha capucha negra envolvía su cabeza cayendo hasta la mitad del pecho.

—Comprueba si es la marca del Diablo [7].

Se hará lo que vuestra merced ordena.

Kabul avanzó hacia la infeliz criatura llevando entre sus descomunales dedos de su diestra una larga, interminable yafiladísima aguja de unos cinco milímetros de espesor que, con rápido movimiento y luego de agacharse, introdujo en una extensión superior a la mitad dentro de la ingle de Joanne atravesándole la verruga.

La contracción que se produjo en el mismo momento que la aguja penetraba en el cuerpo de la muchacha, lo encogió sobre sí en doloroso espasmo haciendo oscilar las cadenas de las que colgaba, para distenderse seguidamente en brutal sacudida que hizo temblar a lo largo de varios minutos las extremidades inferiores.

Pero ni un solo lamento surgió por entre sus apretados labios.

—¡Es la marca, señor! —gritó el verdugo, con acento satisfecho.

—Sí, sí... —susurró el doctor Harper adoptando una actitud reflexiva, frotándose la barbilla e inclinando la cabeza levemente—. Parece que así es. Pero mientras ella no lo admita, no lo confiese, no podemos estar verdaderamente seguros de que sea una bruja. Una concubina de Satanás.

—Esos hombres dicen haberla visto entregándose a *Él*, señor.

—Eso dicen, sí... Pero no es suficiente, Kabul. No lo es.

El verdugo insistió:

—¿Y sus ojos, señor? Dicen que nació con las cuencas vacías. ¿Quién si no Satanás ha podido ponerlos en sus órbitas?

—Los ojos, sí... —El inquisidor seguía simulando aquella actitud de duda. Murmurando con siniestro énfasis—: Quizá devolviéndola a la ceguera de nacimiento consigamos desterrar a Satán de su alma pervertida... Y si además le arrancamos esa lengua que ha

permanecido muda tantos años hasta que el Diablo ha obrado en ella sus artes infernales, es posible que logremos purificarle totalmente antes de que arda en la pira. Kabul, primero los ojos... Los ojos, sí. La lengua le es necesaria para confesar las orgías vividas entre los brazos del Demonio.

El verdugo se fue hacia un rincón de la estancia, en donde una fragua se mantenía constantemente al rojo, tomando uno de los hierros sumergidos en ella, alzándolo para mostrar su extremo candente y así, blandiéndolo, volver hacia el lugar donde colgaba la poseída.

Pasando la zurda por encima de un hombro de Joanne atrapó los cabellos en un puñado tirando de ellos hacia abajo violentamente para obligarla a alzar la cabeza.

Luego, con morbosos deleites, con extrema lentitud, regocijándose en el más insignificante de sus movimientos, fue acercando la punta ardiente del hierro a los ojos de la muchacha, quien, al notar la presencia del fuego se contrajo otra vez de manera instintiva.

—Adelante, Kabul. Ahora...

El hierro se incrustó de pronto en una de las cuencas sobre la cual la sangre empezaba a conformar una especie de costra, empujando hacia el fondo con sádica complacencia.

El estremecimiento que sacudió la desnuda anatomía de Joanne Newman fue más allá del dolor, mucho más que cualquier sensación que pudiera calificarse de humana, de terrena.

Un gorgoteo animal, un gruñido enervante se gestó en la garganta de la mujer cobrando siniestra sonoridad sin llegar a emerger hacia el exterior a través de unos labios amoratados, deformes, que permanecieron apretados en rígida línea recta.

—¡El otro ojo, Kabul!

Lo hizo.

Repitiéndose la convulsión segundos antes de que Joanne perdiera el conocimiento. Y la vista que en circunstancias extrañas, diabólicas, le fuera concedida.

—Se ha desmayado, señor.

—Sí, claro. Debemos dejar que se recupere.

—Como ordene vuestra merced, señor.

Cuando el helado contenido del segundo cubo de agua entró en contacto con el cuerpo oscilante y desvernado de la muchacha, se

estremeció en un espasmo que podía reflejar alivio.

Un tercer cubo cayó de lleno encima de su rostro y Joanne, débilmente, agitó la cabeza de un lado para otro.

—Sé que puedes oírme, mujer —susurró con matiz sardónico el inflexible inquisidor, paseando, despacio, por delante de Joanne en cortas idas y venidas. Sin mirarla, añadió—: Dios es testigo de que mi voluntad no es la de extenderme en este desagradable procedimiento; que no está en mi ánimo aumentar tu dolor; que deseo fervientemente no tener que causarte mayores daños físicos. Pretendo, solo, purificarte. Y para ello necesito que *libre y espontáneamente* admitas tu terrible culpa. Joanne, compréndelo... *Tienes que decirme lo que has hecho con Él.* He de saber a través de tus labios la devoción que le profesas y oír cómo renuncias a los placeres que Satanás te ha otorgado. ¡Quiero que reniegues de Él! Pero antes, tienes que confesar cuántas veces has sido suya... Lo que sentías. Decir si la primera te obligó con sus malas artes, engañándote, o te entregaste voluntariamente. ¡Joanne! ¿Me estás escuchando?

Silencio.

De nuevo, la cabeza de ella cayó encima del cuerpo tenso, y tras una tenue contracción, se perpetuó en su reiterado mutismo.

—Es inútil, mi señor. No confesaré.

—Eso veo, sí. ¡Arráncale la lengua! Al fin y al cabo ha sido Satanás quien le ha otorgado a través de ella la plenitud sonora.

—Lo que vuestra merced ordene —dijo Kabul. Gritando a uno de sus ayudantes, que permanecía silencioso, cruzados ambos brazos sobre el poderoso tórax, en un extremo de la celda—: ¡Wifredo, aquí!

No fue preciso ampliar las instrucciones. El simiesco Wifredo acudió junto a la muchacha y tomando con sus manos cada una de las mandíbulas, las abrió con tal fuerza, separándolas, que por un instante dio la sensación de ir a desencajarlas de aquel rostro horrendo de ojos quemados, boca tumefacta y ensangrentado contorno, cuyo aspecto *mejoraba* cualquier visión infernal.

Kabul fue hacia el lugar segundos después sosteniendo unas tenazas descomunales, con las pinzas al rojo, elevándolas hasta situarlas en línea recta con la abierta boca de Joanne.

Hubo un leve amago de resistencia por parte de ella

manifestando primero con brusco estremecimiento, a la vez que trataba de encoger la lengua contra el fondo del paladar.

Pero los dedos ennegrecidos del verdugo se encargaron de cogerla tirando hacia afuera y seguidamente, con rápido movimiento, consiguió que las tenazas se apoderasen del músculo, arrancándolo de cuajo con violento tirón.

Un alud de sangre brotó al momento por las fauces abiertas de la torturada, que se convulsionó entre trágicos temblores al compás de la tos espasmódica que le producía el líquido rojizo al amontonarse, tumultuoso, en su garganta.

Aquel vómito monstruoso que parecía no tener fin hizo también que Joanne se orinase caudalosamente y que, tras varias sacudidas epilépticas, se produjera a la vez una licuada excreción.

Segundos después penetró como una exhalación en el mundo de la inconsciencia.

—Se ha vuelto a desmayar, señor.

—Dejémosla por el momento, Kabul.

—¿Cuándo proseguiremos la tortura, mi señor?

—Es inútil —se encogió de hombros indiferente y despectivo el inquisidor oficial de Brighton—, no confesará. Entre otras razones, porque ya no tiene lengua para hacerlo.

—¿Entonces...? —El verdugo enarcó las hirsutas cejas.

—Mañana al amanecer arderá en la pira.

6

En la madrugada del 3 de abril de 1785, todo quedó dispuesto en la localidad de Chichester. Acusada de varios delitos de brujería y malas artes, de haber sido poseída por Satanás en múltiples ocasiones siendo testigos presenciales de una de ellas varios habitantes del lugar, convicta también de haber intentado iniciar a varias mujeres del pueblo en las artes diabólicas y de pretender que niños inocentes fuesen sacrificados en sacrílego ofrecimiento a su señor el Diablo, Joanne Newman, o lo que quedaba de ella, se consumiría en el fuego purificador hasta que su alma escapase del cuerpo para acceder al perdón del Todopoderoso quien, infinito en su bondad, la libraría de arder por siempre en los abismos del Infierno.

Pese a lo avanzado de la hora nadie quiso perderse aquel espectáculo morboso, por lo cual la plaza del pueblo apareció atestada de gente mucho antes del momento señalado para que la bruja ardiera encima de la montaña de leños, dispuestos a manera de atrio, en el que había de consumarse la ejecución.

Poco antes de que se iniciara la tragedia, el pregonero de Chichester subió a lo alto de la pira para recitar con voz monótona y apático ademán, las exhaustivas razones vertidas por el inquisidor oficial de Brighton en el proceso incoado contra Joanne Newman.

El populacho escuchó complacido la enumeración de los gravísimos delitos por los que se condenaba a la poseída, rugiendo con feroz sadismo cuando ella apareció, fuertemente atada y escoltada, en lo alto de una carreta de la que tiraba una mula vieja y cansina.

Joanne fue izada en la pira sobre cuyos leños se habían amontonado ramas secas que servían para propagar el fuego con rapidez, siendo atada al poste vertical que se erguía en mitad de aquélla.

Los preparativos se aceleraron de manera casi vertiginosa para desencanto de la concurrencia y el verdugo, obedeciendo una seña imperativa del doctor Harper, prendió con su antorcha llameante los secos ramajes que coronaban la pira.

El fuego creció con rapidez meteórica entrando rápidamente en contacto con los pies y las piernas de la condenada, cuya garganta puso en el enardecido ambiente gruñidos y siniestros gorgoteos, al tiempo que su cuerpo se contraía en espasmos de locura, tratando baldíamente de escapar a las sólidas ataduras que la mantenían aplastada contra la rígida estaca.

—¡Así hay que hacerlo con las discípulas de Satanás!

—¡Que sirva de escarmiento para aquellas que hayan sentido la tentación de seguir sus pasos!

—¿Por qué no la salva ahora su señor el Diablo?

—¡Poseída! ¿Por qué no le invocas? ¿Por qué no le pides que te libere del fuego?

Joanne Newman, que parecía ajena a todo cuanto no fuese el horrible dolor, el lacerante latigazo ardiente con que las llamas, cada vez más altas, castigaban su cuerpo en el que parecía comenzar a fundirse la lujuria que poco la vitalizara, se tensó vivamente por espacio de unos segundos.

Su carne, que comenzaba a oler a chamuscado, experimentó una brusca sacudida que las ligaduras se encargaron de controlar, pero la cabeza, de pronto, se alzó con estremecedora viveza para ofrecer a la enfebrecida y rugiente multitud la imagen monstruosa de su rostro torturado.

Y aquellos ojos sin luz, de cuencas horriblemente abrasadas, se dirigieron, como guiados por un malévolo e infernal instinto, hacia el balcón del edificio oficial desde donde las autoridades de Chichester, con Vernon al frente, presenciaban solemnes e impertérritos la ejecución.

Tan sorprendente actitud en la condenada pasó desapercibida en cuestión de segundos a causa de un hecho insólito, sobrecogedor, que se produjo a continuación.

Porque los labios tumefactos de Joanne Newman, se movieron. Y del interior de su boca, de donde le fuera arrancada la lengua *brotaron sonidos, palabras*, que llegaron con toda nitidez a oídos de cuantos se arremolinaban alrededor de la pira y también a los de

la persona a quién iban dirigidas.

—¡YO TE MALDIGO, VERNON HARPER!

El silencio que se hizo tras aquella inesperada, sorprendente exclamación, fue de sepulcro.

En su transcurso, que pareció durar toda una eternidad, pudo oírse con nitidez el chisporroteante crepitar de los leños que mandaban hacia lo alto flameantes lengüetas de fuego que, semejando extrañas yedras, se enredaban, como siniestras espirales, alrededor del cuerpo de la sentenciada.

—¡Te maldigo, Vernon Harper! —repitió, con audible registro—. ¡A ti y a toda tu descendencia!

Una pincelada de palidez, de horror, sepultó las duras y agraciadas facciones del *picador* bajo el conjuro de aquellas palabras que envolvían una siniestra premonición. Y por mucho que trató de aparentar impasibilidad, el temblor perceptible y convulsivo que agitaba su naturaleza, evidenció cuál era su estado de ánimo en aquel fatídico momento.

—¡Quemas mi cuerpo, más no mi alma! ¡Mi espíritu sobrevivirá más allá de la región de tinieblas adonde pretendes enviarlo! Y ha de regresar... ¡REGRESARÁ! Y entonces mi venganza se cumplirá en los cuerpos y almas de tus descendientes. Dentro de doscientos años, Vernon Harper, *yo*, Joanne Newman, regresare a este valle de horrores y podredumbre para reinar entre los mortales gracias al poder de Satanás. ¡Y cuántos descendan de ti, cuántos entonces perpetúen tu linaje, participarán en el suplicio a que tú me has condenado! ¡Te maldigo, Harper! ¡A TI Y A TODA TU DESCENDENCIA!

—¡Cerradle esa boca podrida de una maldita vez!

Kabul miró, desconcertado, a su superior. Temeroso ante la horrible crispación que ofrecía el rostro del inquisidor, inclinó la cabeza al tiempo que murmuraba:

—Es imposible, mi señor. *No tiene lengua*. Yo mismo se la arranqué... No es ella la que está hablando... ¡es *Satán*! ¿Cómo quiere vuestra merced que haga callar al Diablo?

1985 Tragedia

Yo fui, soy y no tendré fin. Yo ejerzo
dominio sobre las criaturas y sobre todos los asuntos
de aquellos que están bajo la

protección de mi imagen. Yo estoy siempre presente
para ayudar a quienes confían en mí y me invocan en
momentos de necesidad. No hay lugar en el universo
que no conozca mi presencia. Yo participo en todos los
asuntos

que los enemigos llaman perversos porque su
naturaleza no es tal que ellos puedan aprobarla. Cada
época tiene su propio administrador, quien dirige las
cosas de acuerdo con mis decretos. Este cargo es
variable de generación en generación para que el rector
de este mundo y sus jefes puedan ser desembarazados
de sus deberes y

de sus respectivos cargos cuando a cada uno de ellos
le toque el turno. Yo permito a todos que sigan los
dictados de su propia naturaleza, pero el que se oponga
a mí lo lamentará dolorosamente.

LA AFIRMACIÓN DE SHAITAN
Fragmento

Abril, 3

—Despierta, pequeña princesa de Satán. La hora ha llegado. Vas a ser bautizada. Poseída...

Parpadeó al momento.

Como si hubiese estado esperando aquella voz, aquellas palabras, para emerger del sueño.

—Vuelves a la vida, Joanne Newman. *Él* te llama. Te necesita. La hora ha sonado. Es tu venganza. Es la venganza de *Él*.

Las verdes pupilas de la durmiente, por completo abiertas, quedaron prendidas en aquellas que la miraban profunda, penetrantemente, sometiéndolas al influjo de su poder.

Adueñándose por entero de su voluntad.

—Sí... —susurró, incorporándose.

La otra persona que se encontraba en el dormitorio le tendió una blanca túnica, transparente, haciéndole un ademán para que se despojase del pijama.

Obedeció.

Y cuando iba a calarse la túnica, quien la había despertado, señalando la dulce y diminuta braguita que cubría su virginal intimidad, dijo:

—*Eso*, también.

Se desprendió de la minúscula prenda sin objetar nada al respecto.

—Ven. Sígueme.

La muchacha tenía la extraña sensación de estar envuelta en un inquietante y misterioso halo balsámico que la relajaba del todo, que la hacía abandonarse sin fuerza a la voluntad de aquel otro ser.

Mientras salían de la habitación y caminaban por el pasillo, tuvo la certeza de que aquel entorno le era familiar. De que, posiblemente, se trataba de su lugar habitual de residencia en el que, eso sí, se habían introducido sensibles cambios en el decorado.

Precedida por quien desde hacía unos instantes marcaba la pauta en todos sus actos, accedió a una estancia de proporciones rectangulares, cuyas paredes estaban solemnemente recubiertas por amplios crespones negros.

Del techo, en posición invertida, colgaba una cruz.

Bajo ella había algo parecido a un altar, envuelto también en ancho crespón negro y, detrás de aquél, un hombre con ropajes que recordaban los de un sacerdote, si bien el color de la casulla y los signos bordados en la misma, hablaban claramente de la condición demoníaca de aquel ser.

Encima del altar había una vasija con tierra y otra con agua de mar. Al pie y en la parte izquierda, un brasero, un cubo con carbón y un incensario. En la derecha se alineaban dos bancos situados paralelamente y en ellos había varias personas vestidas con sayones negros que cubrían sus cabezas con capuchas en las que estaban bordados signos diabólicos y el Símbolo de Bafomet.

Le fue indicado a la muchacha el taburete situado delante del altar en el que debía tomar asiento en espera de que se iniciase la ceremonia.

Entonces, la persona que la había llevado hasta allí tapó su cara con una capucha exactamente igual a la que lucían los otros, pasando a ocupar un puesto en el primer banco.

El sacrílego oficiante, hombre muy alto y delgado, de largas melenas oscuras, barba espectacularmente anárquica y rizada que le llegaba hasta casi la mitad del pecho, puso sus ojos de negro brillante en la muchacha de inmaculada túnica ordenándole:

—Arrodíllate.

Obedeció con devoto ademán, como así lo hicieron los testigos encapuchados de aquel rito diabólico.

Dijo luego el apóstata, iniciando el rito con toda solemnidad:

—Bajo la majestuosa luz de la sabiduría no mancillada, despierta y entra en el Bosque Arcadiano, donde todos los restos de tu falsedad serán como corteza muerta, arrancada de tu tronco y donde tus fútiles hipocresías, tanto las conocidas como las no

conocidas, no envolverán ya tu mente ni tu cuerpo.

«Rechaza tu túnica blanca, siéntate y afronta a tu Príncipe, mostrándote a él tal como viniste a la vida, es decir, desnuda y sin rubor. Ahora, tu majestad volverá a ser como el soplo refrescante de los vientos nocturnos que nos llegan desde los lejanos dominios de Belial».

La muchacha, de manera instintiva, como si todos sus mecanismos físicos obedeciesen un esotérico albedrío, se puso en pie para despojarse de la túnica. Luego, muy despacio, tomó asiento en el taburete apoyando los pies encima de un escabel.

Salió del altar el oficiante para recibir de uno de los encapuchados un cirio negro, encendido, con el cual se acercó a los pies de la iniciada, pasando la vela por la planta de aquéllos al tiempo que recitaba:

—A través de esta Negra Llama de Satán, tú entrarás en el Infierno. Tus sentidos han despertado a la alegría de un nuevo nacimiento. Las Puertas son abiertas de par en par y tu paso es anunciado por los gritos inmortales de Sus bestias guardianas. Su marca quedará grabada para siempre en tu conciencia. Su orgulloso significado te hará libre.

Volvió sobre sus pasos para verter incienso en el brasero que uno de los testigos se había encargado de encender, entonando a la vez:

—Traemos de Tu jardín, ¡oh Poderoso Lucifer!, las fragancias que en él abundan. Los vapores milenarios que Tú has compartido con el rebaño de tus predilectos vuelven a producirse ahora para que esta cámara quede llena de Tu presencia. Hacemos sonar en Tu nombre la campanilla, y con ello invocamos las susurrantes voces plenas de maravilla de todas las regiones de Tu Imperio.

El ritual de la ceremonia se fue prolongando con el infame adorno de las letanías recitadas por el oficiante bajo la mirada absorta y la expresión fascinada de la que iba a iniciarse en los abismos satánicos del poder de las Tinieblas.

Los brillantes ojos verdes de la hembra estaban prendidos en la mística demoníaca que interpretaba, con maestría consumada, el hombre de la casulla de infernales bordados.

Le vio venir hasta ella con un puñado de tierra que había retirado de la vasija y que pasó por las palmas de sus manos y pies

para, seguidamente, ungir la con agua de mar.

Acto seguido, uno de los testigos se acercó a la muchacha tendiéndole una túnica negra, al tiempo que el oficiante pronunciaba:

—Ahora, levántate y envuélvete en el manto de la oscuridad, donde todos los secretos residen.

Así lo hizo.

Luego, el sacrílego, acercándose de nuevo a ella, colgó de su garganta por medio de una gruesa cadena un siniestro amuleto y le dijo:

—Te coloco el amuleto de Bafomet y con ello sello tu eterno compromiso con Satán, Señor del reino que tú has elegido, y tu inquebrantable lealtad al orden portentoso de Su creación.

Hizo una breve pausa destinada a revestir de majestuosidad las palabras que a continuación iba a pronunciar y que brotaron de sus labios finos, incoloros, con énfasis acalorado:

—Levanta tu mano derecha hacia el Signo de los Cuernos, y que él reciba este juramento...

Otro fugaz lapso de silencio, y:

—Tú, que has abjurado de la divina falta de inteligencia, proclama la majestad de tu propio ser entre las maravillas del universo. Tú rechazas el olvido del ser y aceptas el placer y el dolor de la existencia. Tú has vuelto de la muerte a la vida, y declaras tu amistad con Lucifer, Señor de la Luz, que es exaltado como Satán. Tú recibes el Símbolo de Bafomet y abrazas la negra llama de la inteligencia. Tú has asumido este compromiso Infernal por tu propia voluntad, sin obstáculo ni impedimento alguno. Este acto ha sido realizado sin coerción, por tu propio deseo y de acuerdo con tu voluntad.

En aquel instante, la persona que había llegado a la estancia precediendo a la que se iba a iniciar, entregó al que oficiaba una espada cuyo acero despedía brillantes esquirlas azuladas, y él tomándola, trazó en el aire con la punta de aquella frente al pecho de la muchacha y del amuleto de Bafomet un pentagrama invertido.

—Ya le perteneces, Joanne Newman —dijo después. Añadiendo —: Imítame.

Ambos se volvieron hacia el altar efectuando el Signo de los Cuernos.

—¡Viva Satán! —aulló el apóstata.

Coreando los asistentes y también la ya iniciada:

—¡¡VIVA SATÁN!!

Cuando el eco del enardecido clamor se hubo extinguido, aquél cuya voluntad se había adueñado de la joven mujer de ojos verdes y cándida expresión volvió a acercarse al sacerdote entregándole una daga con mango de marfil e incrustaciones en oro y pedrería, cuya hoja acerada parecía poseer también, por su color, propiedades auríferas.

El de la diabólica casulla la pasó a manos de la que acababa de ser *bautizada* con el nombre de Joanne Newman, significándole con matiz sardónico:

—Éste es el instrumento de Su Venganza... De Tu venganza. Los descendientes de Vernon Harper fueron maldecidos entonces por ti. Ahora, *cúmplole*.

Se produjo un breve compás de espera antes de que ella, visiblemente emocionada, tensa incluso, pronunciara con leve temblor en su voz:

—Lo cumpliré.

—Que así sea.

2

La olvidada leyenda —perdida a través de los años, desvirtuada en el transcurso de dos largos siglos, de la que muchos de los actuales habitantes de Chichester no habían tan siquiera oído hablar —, cobró de pronto, de la noche a la mañana, un primer plano de actualidad.

Desde el instante en que Stanley O'Connor, vecino que residía en una pequeña construcción de dos plantas ubicada en las inmediaciones del lóbrego caserón donde Joanne Newman, doscientos años atrás, fuera poseída por Satán —y del que aún quedaban en pie algunos vestigios frente a la colina del cementerio, tales como restos de paredes y algún pedazo de techo sobre ellas—, dijo haber escuchado la noche anterior, coincidiendo con las doce campanadas, alaridos horribles, alucinantes.

Gritos y aullidos que hacían estremecer.

Dijo también que al salir a la ventana, sobresaltado, vio surgir por entre los restos del caserón, crepitantes llamas tan rojas como podían serlo las del infierno.

Alguien, entonces, recordó el nombre de Joanne Newman.

Y su leyenda.

Isadora Young, como mujer, era sencillamente extraordinaria. Preciosa.

Tenía unos maravillosos ojos verdes y una larga mata de cabello negro. Sus facciones eran exquisitas tanto por la perfección como por el exotismo que transpiraban.

Desnuda, como estaba en aquel instante, su cuerpo escultórico evidenciaba un fulgor sexual, el clímax de cuya presencia lo alcanzaban aquellos pechos turgentes, de vibrante firmeza, excitantes, que sugerían placer y pregonaban las mil y una

maravillas del amor.

Eso debía pensar, por lo aplicado que estaba gozándolos, el hombre que en aquel momento los poseía. Que los besaba.

Escuchando complacido los gemidos y susurros que al compás de sus mimos y caricias iban brotando por entre los labios carnosos de la pletórica hembra.

Acarició ella con languidez los ensortijados cabellos del hombre, pretendiendo alborotarlos en un raptó de lujuria, al tiempo que susurraba:

—Nunca hubiera imaginado que un miembro de Scotland Yard pudiera ser tan...

—¿Ardiente? —inquirió él, retirando la boca de aquellos manantiales de pasión.

—Apasionado. ¿Te pasarías la vida así, verdad Murray?

—Lo confieso. ¿Y tú?

—Entre tus brazos, sí. Soy una mujer temperamental, lo reconozco... Pero poseerme nunca ha estado al alcance de cualquier hombre. Sólo soy capaz de entregarme a aquel del que estoy verdaderamente enamorada.

Cubrió de besos fugaces las coronas violáceas de aquellos senos de fuego, preguntando después:

—¿Es una confesión, Isadora?

—Llámalo... *estímulo*.

Murray McAdams buscó con los suyos los bellos y chispeantes ojos de Isadora.

—¿Estímulo? —Sus cejas estaban arqueadas.

—Sí —ella se removió encima del lecho hurtando su cuerpo desnudo al raptó lúbrico que leía en la mirada de él. Añadiendo—: Tengo la esperanza de que algún día me hables de lo que sientes por mí. Que progreses más allá del simple deseo.

—Me dijiste el primer día que eras una mujer liberal, ¿no?

—Y que no por liberal dejaba de ser mujer. Al menos, situé esta palabra delante de la otra.

Murray quiso ahora besar la boca de ella, pero Isadora lo evitó saliendo de la cama.

—Tengo que ir al periódico —dijo, recogiendo la braguita del suelo y cubriendo con ella su deliciosa intimidad.

—¡Isadora! —exclamó él con matiz decepcionado—. ¿Puedo

saber qué te he hecho?

Mientras empezaba a arreglarse tomando asiento delante del coquetón tocador, susurró:

—Lo de siempre. Comportarte como un macho.

Murray McAdams saltó también del lecho sintiéndose un tanto ridículo por su desnudez que, en función de una oculta frustración, sólo aceptaba como lógica encima de aquél y entregado al delirante juego del sexo.

Era un tipo de privilegiada anatomía con músculos de atleta que se manifestaban sin que él se forzara en evidenciarlo. Alto, de tórax poderoso y estrecha cintura, con largas piernas que estallaban en vigor. Sus rasgos faciales mostraban un rictus duro barajándose con la varonil apostura de su mentón cuadrado, con la viveza penetrante de sus ojos negros y la gracia de aquel hoyuelo que dividía la barbilla. Encima de sus ciento ochenta y seis centímetros estaba aquel negro y rizado manojo de cabellos que rielaban su frente despejada prestándole un aire infantil y despreocupado a la vez.

—Veo que pretendes crearme problemas de conciencia, ¿no?

—En el supuesto de que la tengas, sí.

—¿Por qué, Isadora? ¿No estamos bien así?

Ella, mientras coloreaba suavemente sus labios con un pálido carmín, murmuró:

—Por lo que a mí se refiere, ¡no!

—¿Qué sugieres entonces? —También Murray McAdams comenzó a vestirse.

Una risita forzada huyó de la garganta de Isadora Young.

—¿Debo sugerir *algo*? —inquirió luego con caustico acento.

—Hoy, pequeña, estás traicionando tus propias convicciones. Rodeas con eufemismos la verdad que pretendes, puesto que no te decides a pronunciar la palabra fatídica: matrimonio. Y todo porque al principio quisiste pasar delante de mí por una mujer de amplios conceptos que estaba muy por encima de los dogmas establecidos y de los convencionalismos. ¿Te aclaras de una vez?

—¡Está bien, sabelotodo! —saltó del taburete con una expresión furiosa comprimiendo sus facciones, rictus que aún la hacía más bella y deseable. Se puso delante del policía, brazos en jarras, pechos vibrantes, caderas en rotación, diciendo—: ¡Matrimonio, sí!

¿O acaso supones que estoy dispuesta a pasarme la vida siendo el reposo de un guerrero del Yard?

La atrapó por la cintura sin que ella lo esperase y puso su boca en la de Isadora, sellándola con vehemencia.

Pasándose después la lengua por los labios lo mismo que si recogiera la miel que en ellos habían dejado los de la mujer, susurró, inclinando la cabeza:

—Déjame que lo piense, ¿no?

—¡Dios... Dios bendito! ¿He oído bien? Resulta que ahora son los hombres quienes deben estudiar las proposiciones matrimoniales femeninas. A veces... ¡a veces me gustaría ser bruja!

—¿Para lanzar aullidos escalofriantes a las doce de la noche?

Fue Isadora quien besó esta vez, espontánea y ardientemente, la boca del muchacho.

—¡Bobo! Oye... ¿De verdad te tomas a chufla las manifestaciones del viejo O'Connor?

—¡Por favor, prenda! ¿Crees que algo así puede tomarse en serio? El Condestable escuchó ayer atentamente, por respeto a su edad y por simple compostura, las fantasías de Stanley O'Connor. Incluso creo que le dijo que se efectuarían las averiguaciones pertinentes. Pero de eso a creerlo, ¡media un abismo! Vivimos en 1985, muchachita.

—Lo sé, lo sé —daba los últimos retoques a su atuendo deportivo. Añadiendo—: Y sé también que existe una diabólica leyenda vinculada a Joanne Newman. Un veterano de este lugar, Zachary Lewis si no recuerdo mal, me explicó en cierta ocasión que Joanne Newman fue quemada viva por bruja y por haber tenido relaciones carnales con Satanás. Fue más lejos aún, diciéndome que su bisabuelo Clint Lewis, había sido testigo de uno de los momentos en que el diablo poseyó a esa mujer.

—¿Y no lo publicaste en primera plana?

—Es posible que te burles también de mí si te digo que esas historias me impresionan... Que no acostumbro a hacer escarnio de leyendas como la que rodean a la tal Joanne.

Murray McAdams, tomando un peine del tocador para ordenar los cabellos que Isadora había alborotado en la cama, la miró con ambas cejas montadas, preguntando con irónica prevención:

—¿Pretendes tomarme el pelo luego de haberlo desordenado,

pequeña?

Isadora Young se encaró con el policía clavando sus verdes pupilas en el rostro agraciado de él. Sería la expresión y grave el tono de su voz, anunció, sentenciosa:

—¿Crees en Dios, Murray?

—¡Eh...! —Evidenció un rictus de sorpresa. Reaccionando al momento para afirmar—: Sabes que sí.

—Pues a ver si tomas buena nota de que Dios no admite las relaciones carnales entre hombre y mujer sin haber establecido previamente el sacramento del matrimonio.

—¡Isadora! Eso es jugar sucio...

—Bromas aparte —sonrió ella encantadoramente—, aceptas a Dios como fuente del Bien, ¿no?

—Por supuesto.

—A la que se contrapone el Mal.

—Sí... ¡Eh, un momento! ¿Dónde diablos pretendes ir a parar?

—Tú lo has dicho, polizonte: Diablo. El Mal Es condición *sine qua non* para confirmar la existencia del Bien.

—¡Estás loca, muchacha!

—Puede —se encogió de hombros la belleza de ojos verdes—. Pero si te esfuerzas en consultar el sentido común que debes tener en algún bolsillo, comprenderás que Satanás existe. Que está aquí, allá, en cualquier lugar.

—¡De remate! ¡Estás loca de remate!

—¿Quieres acompañar a una loca a su trabajo, muchachote robusto?

—Me apunto.

Quince minutos después, el *Vauxhall* que conducía McAdams se estacionaba en el 118 de Meredith Street. Frente al edificio de piedra restaurada en ocre donde se asentaban la redacción, talleres gráficos y administración del «Morning Herald», primer periódico con que había contado la ciudad de Chichester. Lo fundó Percival Young en enero del 1898. Actualmente lo dirigía su nieta y propietaria del mismo, Isadora Young.

Apeándose, introdujo la cabeza por la ventanilla para ofrecer sus carnosos morritos a la avaricia erótica del apuesto y desenfadado policía.

Luego de haberle dejado que los saborease con fruición,

preguntó:

—¿Pensarás en el matrimonio, canalla?

—Prometo hacerlo. ¡Ah!, y pensaré también en la poseída de Satanás. Esa que aúlla por las noches delante de la casa del viejo O'Connor.

—No te burles de esas cosas, por favor. Trae mala suerte —y con estas palabras dio media vuelta dirigiéndose hacia el edificio de piedra.

Murray, sacó presto el brazo justo a tiempo de golpear las nalgas de Isadora, susurrándole:

—Bruja... ¡Culito de bruja deliciosa sí tienes!

Cuando media hora más tarde, Murray McAdams hacía acto de presencia en la oficina de Scotland Yard ubicada en la Queen Victoria Street de Brighton, uno de los *policemen* de servicio, le advirtió:

—El Condestable ha preguntado varias veces por usted. Está que trina.

—¡Vaya, hombre! Un día que llego tarde...

Bruce Jagger, efectivamente, estaba con cara de escasos amigos paseando como un león enjaulado, trazando círculos, por el interior de su despacho.

—¡Menos mal! —exclamó al ver a su subordinado—. Empezaba a temer que hubiese muerto, McAdams.

—Verá, señor, es que...

—Entiendo, entiendo —rechazó con un ademán las excusas del inspector—. Las horas en compañía de Isadora pasan volando. Siéntese... —le indicó una de las butacas que había delante de la mesa escritorio, pasando él detrás de ésta. Dijo luego—: Stanley O'Connor ha vuelto a estar aquí.

—¡Bah! Ese visionario nos volverá majaretas con sus historias para no dormir.

Jagger contaba unos cincuenta años, era de mediana estatura, fornido, de recio relieve y acusada personalidad. Su cabello era del todo blanco y abundante, tenía los ojos claros y una mirada escrutadora puesta siempre en ellos. La nariz aquilina y boca de labios gruesos.

—Mire, Murray, el visionario que usted dice ha venido acompañado de cuatro correligionarios dispuestos a jurar encima de

un Everest de Biblias que también han oído los gritos y visto las llamas. Yo no quiero creer en antiguas leyendas de brujas y demonios, pero... ¡Narices! En todo este asunto ya no sé dónde termina la fantasía y empieza la realidad.

—A ver si entiendo bien, señor. Usted...

—¡No saque conclusiones precipitadas, diantres! —estalló, el Condestable. Agregando, más comedido—: O'Connor y sus *fans* me han contado con pelos y señales la leyenda de Joanne Newman. Escuche...

Le trasladó con detalle los hechos acaecidos en 1875.

Murray McAdams batió las mandíbulas en sonoras carcajadas.

—¡Poseída...! —exclamó después—. ¿Se ha creído usted eso, Condestable?

—Lo único que creo, inspector, es que aquí, en Brighton, siguen residiendo en la actualidad los descendientes de Vernon Harper. Un banquero, un fabricante de aparatos electrónicos, un médico oculista y una solterona poco agraciada que vive de rentas. Todos, menos ella claro, tienen familia. Hijas concretamente que, es obvio, se apellidan Harper. Y como ya ha oído, la leyenda asegura que Joanne Newman maldijo a los Harper desde lo alto de la pira, amenazando con volver doscientos años después para vengarse.

El joven inspector mostró estupor más que sorpresa.

—Usted, señor... —balbució—, admite la posibilidad de que...

—Yo, McAdams, soy un policía. Como usted. ¿Recuerda? Y no admito que una supuesta bruja, su espíritu o lo que puñetas sea, vuelva al cabo de dos siglos para ejecutar absurdas venganzas. Pero sí creo, firmemente, en la maldad de los humanos. De los vivos, ¿entiende? Lo que me lleva al más que posible razonamiento de que alguien, que conoce al dedillo la leyenda, está escenificando una serie de malabarismos diabólicos con la intención de aterrorizar a los Harper. De hacerles creer que la tragedia va a consumarse.

—¿Algo así como una especie de chantaje?

—¡Por fin razona con lógica policial! Le felicito. Eso, sí, chantaje. *Me pagáis tanto y no hay venganza de ultratumba...*

—Pero los Harper no creerán esas bobadas...

—¡Ahí está el peligro precisamente, McAdams! Su lógica incredulidad puede forzar a ese *alguien* a demostraciones sangrientas para terminar con el escepticismo de los Harper. Y eso,

mi querido inspector, vendría a complicar nuestra tranquila existencia. Por tanto y en beneficio de todos, sugiero que esta noche a las doce, se dé usted una vueltecita por la casa del viejo O'Connor. ¿De acuerdo, Murray?

—Donde hay Condestable no manda inspector.

—Sabía que lo comprendería.

3

Donald Harper era uno de esos hombres que viven absorbidos por su trabajo y preocupaciones desde que nacen hasta que mueren. Era, además, el único de sus hermanos que había perpetuado una de las tradiciones familiares: la banca. Desde la muerte de su padre se convirtió en el presidente del Consejo de Administración de la entidad bancaria fundada por su abuelo, el «Harper Bank & Co.», una de las más prestigiosas y solventes en todo el condado de Sussex.

Excesivamente temperamental, incluso violento a veces en su vehemencia, características ambas nada frecuentes en el *sui generis* anglosajón, su carácter se había avinagrado considerablemente más en los últimos años como consecuencia de la aparición de una úlcera duodenal.

Si con alguien se mostraba asequible y humanizado —no siempre—, era con su hija Magali —solterona de treinta y siete años, poco agraciada físicamente, al igual que su tía Geraldine y con la que se llevaban pocos años, razones ambas que las hacían comprenderse y compenetrarse—, a la que, no obstante, le había amargado la existencia con sus imprecaciones, decisiones dictatoriales, sus malos humores y la vida de anacoreta que la había obligado a llevar.

Donald Harper había dicho en cientos de ocasiones, viviendo su mujer incluso, que no quería que su hija fuera una más de aquellas estúpidas sufragistas que se pasaban media vida exigiendo reivindicaciones, libertades e igualdades, y la otra media metidas en la cama con el primero que se lo proponía para demostrar su independencia y su falta de moralidad. Si su destino era la soltería, que al menos lo aceptara dentro de los cauces de la decencia, y no después de haber pasado por todas las braguetas del condado.

En lo de la soltería había acertado. Quizá porque su condición

de padre no le cegaba hasta el extremo de comprender que a su hija le faltaban los encantos necesarios para despertar en un hombre el amor y el deseo que conducían al matrimonio. Si alguno tuvo el atrevimiento de susurrar semejante proposición al oído de Magali, Donald se había encargado cruelmente de advertir a su hija que cuando se era fea como ella, los pretendientes centraban toda su atención en el patrimonio económico que le correspondería como herencia. La hija de un banquero poco agraciada, sólo podía esperar que la cortejasen por interés económico.

Ahí se había acabado la historia.

Aunque todo eso, para Magali Harper, era ya el pasado. Cargaba dócilmente con su presente lleno de soledad, que sólo aliviaba la presencia de su tía Geraldine.

Lo que nunca tuvo la hombría de confesar el banquero era que, dada su prematura viudedad, necesitaba de la presencia de su hija para que supliera en determinados aspectos la ausencia de la esposa muerta.

Donald Harper, repasando aquella mañana la correspondencia que su secretario le había pasado al asomar puntualmente en su despacho de dirección, se preguntó a qué venían ahora aquellas absurdas evocaciones.

Ahora, estaban sucediendo cosas mucho más importantes de que preocuparse.

Los gritos del medio derruido caserón que se alzaba frente al cementerio de Chichester, por ejemplo. Y con ellos, la resurrección de la olvidada leyenda de Joanne Newman...

Aunque, aparentemente, el banquero no se mostraba impresionado en exceso, la procesión, como solía decirse en términos populares, iba por dentro.

¡Brujas! ¡Posesiones diabólicas! ¡Venganzas del más allá!

Absurdas fantasías aceptadas a pies juntillas en el pasado merced a la credulidad e incultura del populacho.

¿Cómo admitir el menor atisbo de realidad en las estúpidas manifestaciones de Stanley O'Connor?

¿Cómo aceptar que aquellos gritos que decía haber escuchado procedían de la garganta de una mujer, quemada por bruja en la pira doscientos años atrás? Una mujer que a la hora de la muerte había jurado vengarse dos siglos después en los descendientes de

Vernon Harper. Una mujer a la que llamaban *poseída* por saberla entregada a Satanás.

Satanás...

El banquero sabía con toda certeza que no era a Satanás a quién se había entregado Joanne Newman... Que no fuera la poseída de él, si no...

Alarmado, Donald Harper hizo enmudecer hasta su pensamiento.

—¡Maldita sea! —exclamó en voz alta—. Me estoy dejando llevar por las estupideces y fantasías de ese viejo que acabará por volverme loco.

¿Estupideces...? ¿Fantasías...?

No... No podía engañarse. Porque él, como los demás miembros de su familia, estaba enterado desde hacía pocas fechas de lo mucho de terrible realidad que se escondía en aquella deformada leyenda.

Una verdad horrible que podía hundir, arrastrar por el fango abyectamente, el apellido Harper.

No... No quería ni imaginarlo.

Se negaba a admitir que alguien, fuera de la familia, hubiese tenido acceso al trágico secreto.

Pero aquella mañana precisamente, entre los muchos sobres de la correspondencia diaria, al rasgar uno de aquéllos y extraer la cuartilla que contenía, Donald Harper... *¡vio confirmados los temores que obstinadamente se empeñaba en rechazar!*

Se trataba de una inquietante misiva escrita con desigual caligrafía y el siguiente redactado:

«Donald Harper:

Sé que estás al corriente de la canallada que tu antepasado cometió conmigo. Y que conoces mi promesa expresada formalmente desde lo alto de la pira, con las carnes ardiendo bajo el fuego infame con que se pretendía purificarme.

Sí, es cierto, me entregué a Satanás... Porque Él era mil veces peor que el Diablo. Fui su poseída. Y es hoy el mismísimo Satanás quien ha permitido mi regreso desde la dimensión de la oscuridad para que cumpla mis deseos de venganza en los descendientes de aquel que se atrevió a

utilizar Su Nombre para cometer toda clase de vilezas. Todo, Donald Harper, ha de suceder como prometí hace doscientos años.

Más, existe una posibilidad... una sola posibilidad, de evitar que se derrame la sangre de ciertos seres inocentes.

Esa posibilidad, si lo deseas, la negociaremos esta noche, tú y yo, en el caserón que no es necesario que te especifique. Allí te esperaré antes de que suene la primera campanada de medianoche. Si no acudes a la cita... mi fatídica venganza alcanzará, implacablemente, hasta el último de los Harper.

Joanne Newman. La poseída».

Donald Harper tenía un exiguo concepto del humor, un muy escaso sentido del mismo, por lo que entendió inmediatamente que aquella nota no había sido redactada por la mano de ningún bromista... ni tampoco por la *persona* que fingía firmarla. Pero sí por alguien que debía tener sus motivos particulares, *muy particulares*, para pretender arrogarse la venganza de la poseída.

Permaneció, meditativo, fatigado, hundido diríase tanto desde la vertiente moral como física, con ambos codos clavados en la mesa y el rostro apoyado entre las palmas de las manos durante un largo paréntesis de tiempo que pareció transcurrir en blanco.

Al fin, emergiendo de aquella actitud de abandono en que le había sumido la lectura de aquel texto siniestro, decidió que lo mejor, dadas las circunstancias, era mantener un cambio de impresiones al respecto con su hermano Jess.

El más decidido y entero frente a situaciones complicadas y difíciles de la familia Harper.

A Stuart había que olvidarle por el momento dado su frágil y asustadizo carácter; su condición pusilánime. En cuando a Geraldine, el simple hecho de ser mujer ya la marginaba desde la óptica tradicional de Donald y su estricta concepción del patriarcado a la hora de tomar decisiones trascendentes.

Además, por otra parte, no veía la necesidad de aterrorizarla más de lo que estaba desde el momento en que fuera impuesta del terrible secreto que el apellido Harper arrastraba desde hacía doscientos años... Las mujeres, cuando eran presas del terror, se

ponían histéricas y acababan por echarlo todo a rodar.

Era con Jess, sí, con quién tenía que discutir aquella crítica situación.

Sin decirle media palabra a su secretario particular, salió del regio despacho que ocupaba en la planta baja de la entidad bancaria.

Jess Harper ya contaba la cincuentena aunque aparentaba haber vivido bastante menos. Por su aspecto un tanto juvenil, por su dinamismo, por su entereza a la hora de decidir, por el vigor que transpiraban todos y cada uno de los poros de su regia naturaleza... Quizá existían más razones aún que pudieran justificar el hecho de que Jess no llevase escrito en el cuerpo ni en el alma el medio siglo ya vencido desde el momento de su nacimiento.

Era un hombre guapo, sí. En el sentido más estricto y literal de la palabra. Las facciones de su rostro reunían la necesaria perfección para que se le calificase como tal. Así lo decían sus grandes pupilas de azul claro. O su nariz recta de trazo suave prolongado en una boca sensual, grande, de labios carnosos en los que estaba poderosamente fijada toda su impronta sensual. O en el toque sorprendente de su cabello sedoso y negro contrastado con el puro azul de los ojos... Puede que en la varonil apostura de sus músculos o en la reciedumbre de su atlética espalda. Por una, o por todas aquellas razones, Jess Harper no aparentaba su edad y lucía aún como un hombre irresistiblemente seductor.

Aunque, por lo que se refería a sus dotes innatas de seductor, Jess Harper, el que en su día decidiera romper con las dos tradiciones profesionales de la familia circunscritas a Medicina y banca, invirtiendo la cuantiosa parte de la herencia que le correspondió al morir su padre —Ross Harper— en la construcción y puesta en marcha de una fábrica de aparatos electrónicos... Por lo tocante a sus éxitos románticos, apuntábamos, había hallado en *miss Sharon Taylor* su talón de Aquiles.

Sharon había entrado al servicio de Jess Harper un año atrás aproximadamente, en calidad de secretaria particular. Puede que en el transcurso de aquellos doce meses no se hubiera distinguido, en exceso, por lo que a su capacidad profesional hacía referencia. Pero el propietario de la empresa había sabido valorar desde el primer día otras cualidades mucho más sobresalientes en Sharon Taylor

que su menguada capacidad laboral.

Jess, de quién se contaban por docenas las aventuras extramatrimoniales —hecho que su esposa había tenido que aceptar resignada, calladamente, frente a la realidad social y familiar de que el apellido Harper no podía ensuciarse con el escándalo que llevaba aparejado el divorcio—, pronto dispuso su cerco romántico en torno a la hermosa y deseable Sharon.

Cautivo del fulgor diamantino de sus pupilas, le repetía:

—Muñeca, me has vuelto loco. Loco... desde el primer instante. No quiero que seas mi secretaria sino...

—¿Tu *fulana*? ¿O suena mejor... *querida*?

—¡Calla! No hables de ese modo... Te rodearé de todo cuanto pueda desear una mujer. Tendrás una magnífica residencia sólo superada por la fantasía de los guionistas cinematográficos. Tu asignación mensual dejará pálida a la del *Premier*. Cada uno de tus más insignificantes caprichos será una orden a cumplir de inmediato. A cambio, sólo te exigiré total fidelidad. Que seas únicamente mía.

—Jess, cuando vuelvas con una petición formal de matrimonio debajo del brazo, discutiremos esta cuestión, ¿eh? Ahora, si me permites, tengo que despachar la correspondencia.

—¡Sabes que no puedo divorciarme! ¡Te lo he explicado mil veces!

—Me parece un concepto muy respetable y una postura muy digna. Como respetable será que te vayas olvidando de mí. Porque un hombre de tu posición y prestigio no debe, ni puede pretender favores de una insignificante secretaria.

—¡Oh, Sharon! ¡Sharon! ¿Por qué eres tan cruel conmigo?

—Porque no deseo ser poseída... a cambio de sueños, ilusiones y promesas vacías, que nunca serán realidad. Buenos días, *míster* Harper.

Su talón de Aquiles, sí. Eso era Sharon Taylor para Jess Harper.

Apenas si su tenacidad, su asedio insistente y enfermizo, había conseguido de ella besos fugaces, roces que se perdían en la nada antes de concretarse en alguna sensación física, juramentos a largo plazo sobre posibles concesiones cuando ella estuviera segura de sus sentimientos...

Lo cierto era que Jess Harper, por la única mujer del mundo que

habría roto con las estructuras y el sistema, con la rigidez familiar, dándose al divorcio que le permitiese contratar un nuevo matrimonio era, precisamente, por Sharon.

Pero su hermano Donald —amigo y confidente además— se había encargado no ya de recortarle, si no de coartarle cualquier decisión o iniciativa al respecto cuando le había confesado la realidad de sus sentimientos hacia aquella muñeca de carnes lúbricas, de pechos excitantes, de labios febriles capaces de convertir un beso en agonía lujuriosa, en cuyas pupilas verdes había quedado prisionero desde el mismo momento que se contemplase en ellas.

—Bájale la luna si quieres —había dicho el pragmático Donald —, gástate un millón de libras en conseguir su cuerpo si tanto la deseas... Pero de divorcio, ¡ni hablar!

La otra mujer que llevaba a Jess por las calles de la amargura, aunque por razones bien diferentes, era Coral, su hija, que solía obtener de él cuanto se proponía, con sus arrumacos, gimoteos y besitos.

—¿Quién es el padre más guapo y apuesto del mundo?

Cuando Jess Harper escuchaba aquel interrogante puesto en los labios mimosos de su preciosa hija Coral, antes de responder, exhibía el talonario de cheques. Después, preguntaba:

—¡Cuánto esta vez, pequeña!

Jess penetró en el amplio y funcional despacho que ocupaba en la última planta del edificio donde se ubicaba todo el aparato burocrático de la «Harper Electronic Machines Inc.», encontrando sentada detrás de su mesa a la espléndida Sharon.

Ella llevaba un jersey blanco cuello cisne, de angora, que daba la sensación de querer asfixiar aquellos pechos juveniles dotados de una rigidez y firmeza, de una furia erótica, que hacían del todo punto innecesaria la presencia del sujetador.

—¡Hola, preciosa!

—Hola —repuso ella con voz apagada, oscura, en la que Harper creyó percibir un oculto temblor.

No obstante, acercándose a la singular morena de ojos verdes, pretendió, rijoso como era habitual, acariciar sus pechos por encima del *sweater*.

—Por favor, Jess... —Se hurtó ella al vulgar sobo matutino que

intentaba él.

—¿Ocurre algo? —Alzó las cejas sorprendido—. ¿Por qué estás tan arisca?

Sharon, por respuesta, le tendió una hoja manuscrita, diciendo:

—Estaba entre tu correspondencia particular. ¿Te importaría explicarme lo que *eso* significa?

Con expresión de intriga, el propietario de la fábrica leyó aquel texto.

Luego, una pincelada pálida, cadavérica, dio a su rostro un aspecto cerúleo nada habitual en él.

—Es una larga historia, Sharon.

—¿No me has dicho siempre que disponemos de todo el tiempo del mundo? —Se le acercó, peligrosa y sensual, incitantemente voluptuosa, dejando que las coronas pétreas de sus senos se rozaran en el cuerpo del hombre.

Antes de que Jess pudiera contestar brilló una luz en el interfono.

Fue la propia Sharon quien pulsó la clavija correspondiente, diciendo:

—Despacho de *míster* Harper. ¿Qué ocurre, Tuppence?

—*Míster* Donald Harper sube a visitar a su hermano.

El banquero llegó hasta allí pocos segundos después de que fuera anunciada su presencia.

—¡Jess...! ¡Oh, Sharon... buenos días!

—Buenos días *míster* Harper.

—¿Quiere dejarnos solos, *miss* Sharon?

—Si vienes a hablarme de alguna misiva siniestra —apuntó Jess, intuyendo los motivos de la presencia de su hermano a hora tan temprana, allí, en su despacho—, hazlo con libertad. Ella lo sabe ya. Acaba de leer la que yo he recibido.

—Son cuestiones familiares que debemos comentar en la más estricta intimidad —taconeó, impaciente, el presidente del «Harper Bank & Co».

—¡Oh, sí, perdón! —exclamó la belleza de ojos verdes, sin esperar nuevas y más directas alusiones—. Si me permiten... *Míster* Donald, *míster* Jess...

Salió del despacho.

El banquero exhibió la nota.

—¿Idéntica, no?

Su hermano movió la cabeza afirmativamente.

—¿Qué opinas, Jess?

—No he tenido tiempo de hacerme a la idea —se habían sentado cada uno a un lado de la mesa funcional—, pero en principio, entiendo que debemos acudir a esa cita.

—Lo mismo he pensado yo, Jess. Aunque no te oculto mi miedo, creo que...

—No hay nada que temer —sentenció el fabricante de máquinas electrónicas, con aplastante seguridad. Razonando—: Se trata de un chantaje, Donald. Alguien conoce la verdad de los hechos acaecidos hace doscientos años y pretende dinero a cambio de seguir guardando silencio.

—¿Y los gritos del caserón?

—¡Bah, Donald! ¿Cómo puedes ser tan necio? Está claro como el agua, ¿no? Ese misterioso personaje pretende alarmar a la gente resucitando la leyenda de Joanne Newman. Forma parte de su juego. Lo primero, Donald, es acudir a la cita.

—¿Y pagar...?

—¿Prefieres que se sepa *todo*? ¿O que muera tu hija, o la mía, o la de Stuart? O tal vez todas... Todos los Harper. Pagaremos, hermano. Al menos el primer plazo. Entre tanto averiguaremos la identidad de ese protagonista siniestro y avaricioso. Luego, cuando sepamos quién es y por qué ha hecho esto, ya que puede existir alguna otra motivación aparte del dinero... *obraremos en consecuencia*.

Jess había dado a las últimas palabras una entonación, un énfasis algo más que significativo.

—¿Estás... —articuló con voz ligeramente trémula, el interrogante, Donald Harper—, estás hablando de matarle?

—¿De qué otra cosa podría hablar, Donald?

Se hizo el silencio entrambos. Un prolongado y elocuente silencio.

Los Harper residían todos en el mismo edificio.

Uno de cuatro plantas, obediente al más puro estilo colonial —mandado construir por Vernon Harper, abuelo de quienes ahora perpetuaban el apellido y nieto a la vez de aquel otro Vernon que se distinguiera en 1785 por sus sádicas aficiones inquisitoriales, por su denodado afán y empeño, puestos al servicio de la caza y extinción de brujas—, que se alzaba al norte de Brighton con vistas al Paso de Calais y hasta el 70 que, a menudo, en las noches de bonanza, llegaba el susurro de las olas o el aviso de la tormenta.

En la planta baja vivían Donald y su hija Magali. En la segunda, Stuart, Pamela, su esposa, y Morgan, la hija de ambos, que en la actualidad se encontraba en Egipto perfeccionando sus estudios de Arqueología. Ocupaban la tercera el matrimonio compuesto por Jess y Connie, con su hermosa hija Coral. La última estaba destinada a la pertinaz soltería de la única descendiente femenina de Vernon, Geraldine Harper.

Magali, sin ser un adefesio en la aceptación literal de la palabra, tampoco tenía nada que agradecerle a la naturaleza, que se había mostrado hostil a la hora de regalarle atributos físicos. Ello, unido a las estrictas imposiciones de su padre, la habían condenado desde la infancia a un secular ostracismo que la fue convirtiendo, con el paso de los años, en una persona introvertida, poco comunicativa y puede que hasta algo rencorosa.

Sus únicas amigas, las de siempre, habían sido sus primas Coral y Morgan y, muy especialmente, tía Geraldine, a la que se sentía unida por una serie de afinidades que ambas tenían en común.

Aquella tarde en que su tía le dijo aprovechar para ir a la peluquería, ya que llevaba unos pelos que daban vergüenza, Magali agradeció más que otras veces la presencia de Coral, cuando ésta bajó a su casa asegurando tener problemas con su bordado que

estaba preparando como regalo para su madre en el cercano día de su onomástica.

—Espero que tú me ayudes, primita.

Magali miró a la otra con expresión de censura.

—Tengo la certeza de que me llamas «primita» con cierto matiz de burla.

—¡Tonta! —exclamó, besándole ambas mejillas, la hermosa y extrovertida Coral.

—¿De veras me crees capaz de burlarme de ti?

Dulcificó su adusta expresión la solterona, reconociendo:

—No... Pienso que no. ¿Vamos al cuarto de la costura? Veré que se puede hacer con tu dichoso bordado.

—¡Gracias, primi...! ¡Oh, perdóname! Soy así de espontánea. Y puede que hasta de estúpida. ¡La de ocasiones de callar que me pierdo a lo largo del día!

Magali, sin dar mayor importancia al pequeño incidente, la precedió hasta la sala que ella destinaba a taller de costura, en la que había conseguido revelarse como una estupenda modista que podía enseñar, y mucho, a aquellas que presumían de poseer un título de maestras en corte y confección.

Llevaban algo más de media hora sentadas, con su atención puesta en aquel bordado de flores bajo el escote de la blusa que Coral pretendía regalar a su madre... Sentadas en un cómodo y amplísimo sofá frente al grandioso y ovoidea espejo de dorada moldura colgada de la pared que delimitaba la estancia y el pasillo cuando, a través de aquél, de su pulida luna, vieron...

DOS CÍRCULOS INCANDESCENTES.

Seguramente los mismos que despertaron pocas fechas atrás, de su sueño, a una joven de aspecto dulce y pródigos encantos, que en aras del influjo de aquéllos fue conducida a la sala de siniestro decorado y simbolismos diabólicos, donde había de ser bautizada en la gloria de Satanás con el nombre de *Joanne Newman*.

Los mismos, sí.

De los que ellas, al igual que le sucediera a la iniciada, tampoco pudieron sustraerse. Escapar al hechizo hipnótico que despedía. A su fulgor ígneo, subyugante.

Una voz, que jamás podrían saber de dónde procedía, en qué garganta se gestaba, ni qué labios la pronunciaban, dijo:

—Vosotras queréis dormir... DORMIR... Sólo pensáis en dormir porque de repente os ha invadido un profundo sueño... DORMIR... Los párpados os pesan enormemente. Y sabéis que sólo en el sueño hallaréis el descanso que tanto os apetece... DORMIR. Sólo eso. DORMIR. QUERÉIS DORMIR...

Fue asombroso que ambas al mismo tiempo, olvidándose de la labor y el bordado, que cayeron al suelo al ser abandonadas por sus manos, recitaran, echándose hacia el respaldo del sofá:

—*Nosotras... queremos dormir.*

—Sí, queréis dormir —insistió aquella voz misteriosa y cálida de sádico matiz—. QUERÉIS DORMIR... DORMIR. PORQUE TENÉIS MUCHÍSIMO SUEÑO. DORMIR. ¡¡¡QUERÉIS DORMIR!!!

Y los dos círculos rojos, brillantes, fosforescentes, encendidos como un par de manchas sangrientas, seguían reverberando en el monumental espejo.

Silencio. Y:

—Magali, Coral... ¿Verdad que estáis dormidas?

Sorprendentemente, ambas tenían los ojos cerrados. Pero aun así, respondieron:

—*Sí... estamos dormidas.*

—Bien, pequeñas. Perfecto. Ahora, en lo profundo de vuestro sueño, debéis recordar este mensaje... Antes de la medianoche iréis a Chichester, al caserón en ruinas donde hace doscientos años fue *poseída* Joanne Newman.

—*Antes de medianoche iremos...*

5

Murray esperaba a la puerta del edificio de piedra restaurada en ocre.

Primero, al salir Isadora, la besó en la boca y, cuando el peligro de asfixia rondaba los pulmones de ambos, retiró sus labios de aquéllos tan golosos que la periodista llevaba puestos en la cara, soltando, sin apenas recuperar el aliento:

—¡Esta noche me voy a cazar brujas!

La hermosísima mujer abrió mucho sus pupilas verdosas, fingiendo quizá más asombro del que sentía.

—¿De veras? ¡No me digas! ¿Puedo saber la razón?

Se la explicó.

Isadora le dio otro beso, generosa que era ella, de los que podían hacer necesaria la intervención de todo el parque de bomberos de la ciudad para hacerles recobrar las constantes vitales a base de oxígeno, diciendo a renglón seguido toda jadeante:

—Estoy pensando en ir contigo, muchachote del Yard. ¿Quién me asegura que no puedo tropezarme con la primicia del siglo?

—De dos siglos, preciosa. Los que han transcurrido desde que la poseída lanzó su maldición. Bueno, como yo, mientras te esperaba, he estado estudiando la posibilidad de invitarte...

—Me invitas y yo acepto encantada —se colgó con desenfado del brazo de aquel atlético y cautivador policía, empujándole hacia el lugar donde había estacionado su *Vauxhall*. Preguntando con graciosa ironía—: ¿A qué esperas, chófer?

Habían dejado el auto muy cerca de lo que quedaba de aquel siniestro caserón y proseguido a pie el resto del trayecto.

Como dos autómatas.

Ambas, de pronto, se detuvieron en seco. A causa...

¡De los gritos horrísonos e infernales que profería alguien, en el interior de la espeluznante casucha!

Si bien un débil reflejo de lucidez pretendió advertirles de que aquellos aullidos quizá sólo tenían razón de ser en la fantasía hipnótica que unos ojos fosforescentes habían excitado lo más profundo de sus mentes.

—¿Has oído? —inquirió Magali.

—Sí... —respondió Coral, temblorosa. Repitiendo, lo mismo que si un extraño mecanismo se hubiese disparado dentro de ella—: Sí, sí, sí... ¡Lo he oído!

Justo en aquellos momentos en que la duda parecía asaltarlas, situándolas entre la realidad y la quimera... *las dos sintieron que unas manos extrañas de esqueléticos dedos las empujaban violentamente hacia los restos del caserón.*

Ya dentro de él, justo en la parte que aún conservaba vestigios del techo, volvieron a notar el empujón de aquellas garras de ultratumba.

Oscuridad y silencio se abrazaban patéticamente en aquel tétrico entorno.

De repente, unos pasos que no eran los de ellas, resonaron con eco estremecedor.

—¡Aaaaaaaah! —gritaron al alimón.

Al parpadear en busca de la figura, de la silueta, o de lo que *fuese*, cuyos pies acababan de producir aquel eco, captaron la desvincijada mesa situada en el centro de aquel recorte cuadrado de lo que antaño fuera el caserón, que aún quedaba bajo techo.

¡Y los dos hombres sentados en ella!

Pudieron verlos con cierta nitidez gracias a la débil llama que había brillado, de súbito, en un rincón de la alucinante y lúgubre estancia.

Frente a cada uno de ellos había una silla y, encima de ésta, una extraña daga de mango de oro y pedrería, cuyos aceros parecían poseer también una dorada propiedad.

Permanecieron unos instantes quietas, inmóviles, rígidas, como lo estaban ellos. En una especie de estado de éxtasis.

Quietas... *hasta que en un ángulo del recinto vieron brillar los mismos ojos incandescentes que observaron por la tarde a través del espejo.*

Después, iniciaron un lento avance. Pero los hombres permanecieron incrustados en su inmovilidad.

Eran... *¡Donald y Jess Harper!*

—¡Papá! —gritó, de repente, Coral.

—¡Papá, tío Jess! —exclamó a su vez Magali.

Nada.

—No os esforcéis mis queridos y pequeños monstruos sanguinarios... instrumentos de mi venganza —habló de improviso una voz de matices espectrales que surgía del mismo rincón de las tinieblas donde brillaban aquel par de ojos encendidos—. *No os esforcéis porque no os oyen. Ellos sólo esperan que... ¡QUE VOSOTRAS LOS ASESINÉIS!*

Entonces, dentro de aquel *puzzle* diabólico de figuras excitantes y prismas con aristas de tragedia, se produjo un nuevo malabarismo espectral; otro *flash* de magia demoníaca.

En el rincón donde refulgían aquel par de círculos satánicos de brillante rojo encendido, se produjo un sobrecogedor desdoblamiento... Porque mientras los ojos parecían permanecer en el mismo lugar, sin moverse, pareció desprenderse de ellos una figura humana, que surgía quizá del interior de aquéllos, flotando, más que avanzando, hacia donde estaban las muchachas.

Era... ¡una mujer joven!

Una mujer que ellas. Coral y Magali, parecieron reconocer, si se juzgaba a través del nervioso parpadeo que protagonizaban sus pestañas.

Incluso, llegaron a exclamar:

—¡TÚ...!

—Yo... sí —murmuró sin apenas mover los labios, la hermosa criatura de largos cabellos negros y ojos verdes, envuelta en blanca túnica que transparentaba su total desnudez. Repitiendo—: Yo... *Joanne Newman. La poseída.* Que he vuelto como prometí hace dos siglos para ejecutar, a través de vosotras, la primera parte de mi solemne venganza.

Por detrás de la joven que aseguraba ser la reencarnación de Joanne Newman y por encima de su cabeza de largas hebras azabache, los ojos rojos, febriles, siniestros, parecieron avanzar con toda su carga de tragedia para reducir aquel tímido amago de lucidez que había brillado fugazmente en los cerebros de Coral y

Magali Harper, al reconocer a la otra.

—*Están esperando que vosotras los asesinéis.*

Dijeron ambas:

—LO HAREMOS.

—Coral, ponte delante de tu padre. Tú, Magali, frente al tuyo...

Luego, tomad las dagas, *¡y proceded!*

Abandonadas totalmente a la voluntad de aquel ser criminal de relucientes ojos satánicos... *¡obedecieron!*

Cada una de las muchachas, inexpresiva, miró a su inmóvil víctima como si no la reconociera.

—Ceñid los mangos de las dagas, *¡proceded!*

Las gargantas inmóviles, oferentes, de Jess y Donald Harper, dieron cobijo cálido al acero dorado tiñéndolo, al instante, con borbotones de sangre.

—¡Otra vez! —bramó la voz—. ¡Otra! ¡Y otra! ¡Mil veces otra!

Locas, enfebrecidas, excitadas quizás ante la tumultuosa aparición de aquellas cataratas rojizas, Coral y Magali, hundieron una y otra vez, con feroz complacencia, con sadismo infernal, hasta la empuñadura, el cortante acero de las dagas que pronto redujeron las gargantas a pingajos sangrientos donde la carne hecha jirones y los huesecillos segados se confundían en dantesco amasijo que daba verosimilitud a la maldición, a la venganza anunciada doscientos años atrás.

La tragedia se había consumado.

Ellas, demudadas, temblando aún en el ciego frenesí que los brillantes círculos incandescentes trasladaran a sus mentes hipnotizadas, prosiguieron su horrenda tarea hasta que la voz de matices infernales, las detuvo, diciendo:

—¡Basta! Ahora... ahora ha llegado el momento de vuestro sacrificio. Sentaos en esas sillas.

Lo hicieron.

Sometiéndose con toda docilidad a las ataduras que la hermosa joven de verdes pupilas pasó con ligereza alrededor de sus cuerpos, dejándolas rígidamente fijadas, inmóviles, contra los asientos que ocupaban.

Después, sin que pudiera saberse de dónde había surgido, una antorcha llameante, encendida, apareció en la mano diestra de aquélla.

—*Voy a quemaros. Como él hizo conmigo...*

Coincidiendo con la extinción del eco de la última campanada de medianoche, Murray McAdams, que estaba acodado en el alféizar de una de las ventanas de la casa de O'Connor, que daba frente por frente a la fatídica colina, comentó a la mujer que se encontraba junto a él:

—Ni gritos, ni llamas, ni brujas, ni leyendas...

Enmudeció al punto.

Notando cómo el cuerpo de Isadora se tensaba lo mismo que el suyo, apretándole fuertemente.

Porque los aullidos acababan de restallar como alfilerazos siniestros punzando sus tímpanos con capacidad agonística.

Algo horrible. Algo que a ninguno de los dos le había sido dado a escuchar nunca.

—¡Fuego, Murray! —Se crispó Isadora, extendiendo el brazo derecho por fuera de la ventana—. ¡Mira...! ¡Son llamas increíblemente altas!

—¡Vamos hacia allí! —exclamó el policía, cobrando vertiginosa movilidad, al tiempo que tiraba con brusquedad de la periodista hacia el exterior de la estancia—. ¡Deprisa!

Deprisa...

El fuego, voraz e implacable, había sido mucho más ligero.

La tragedia se había consumado totalmente cuando Murray e Isadora asomaron, con expresiones en las que se barajaba el asombro, el horror, la incredulidad y la impotencia, en aquel tétrico escenario donde aún crepitaban las llamas consumiendo los cuerpos atados, ennegrecidos ahora, con penetrante olor a carne chamuscada, de aquellas dos mujeres que resultaban irreconocibles.

La periodista abarcó con la mirada vacilante todo el satanismo esparcido por el entorno... *¡y fue cuando sus hermosos ojos verdes se tropezaron con los cadáveres degollados, ensangrentados, cuyas torcidas cabezas colgaban con guiño siniestro de los troncos por medio de tiras de carne que parecían cuerdas pintadas de rojo!*

Lanzó un aullido demencial:

—¡¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAG!!

Después, se desmayó.

Evidentemente, eran vientos de tragedia los que soplaban en Chichester y Brighton. Hasta al último de los más humildes hogares había llegado la terrible noticia de lo acaecido. Y lo que era más terrible todavía: el *cómo* se habían producido los hechos.

La leyenda de Joanne Newman resucitaba con la misma fuerza y vigencia que si se hubiese producido el día anterior.

Se respiraba una carga de alto voltaje en el ambiente. Gran tensión. ¿Y por qué no decirlo?, miedo también.

Scotland Yard hubo de tomar rápidamente cartas en el asunto.

Por eso Murray McAdams, al personarse en la mansión de los Harper, puntualizó que su presencia allí era estrictamente profesional, aunque desde la óptica humana aprovechase para hacer patente su pésame a los supervivientes de la tragedia.

La casa era un hervidero de gente. Personajes conocidos por sus actividades o por su condición social, se mezclaban con protagonistas anónimos. Todos acudían, eso sí, a solidarizarse con el dolor de los propietarios de la finca.

En principio, fue Sharon Taylor, la secretaria del malogrado Jess Harper, quien se encargó de recibir al hombre de Scotland Yard.

Murray no pudo reprimir, pese al sobrecogedor ambiente que se respiraba en la casa, una sonrisa de aprobación y el siguiente comentario cuando sus ojos se recrearon en la espléndida y sensual figura de la morena:

—Es agradable tropezarse en estas circunstancias con una mujer tan hermosa como usted, *miss* Taylor. Sus ojos son preciosos... Me recuerdan los de...

—¿Isadora Young? No me pregunte cómo lo sé —añadió tras el interrogante que ella misma había formulado. Agregando—: Isadora y yo coincidimos en Londres una temporada. Formábamos parte del alumnado de una residencia y...

—Nunca me había dicho que tenía una amiguita tan maravillosa como tú. ¿Puedo tutearte?

—Sí, claro. Supongo que quieres hablar con algún miembro de la familia, ¿no?

—Eso pretendo, desde luego.

Frunció ella sus bonitas facciones en un mohín de contrariedad.

—Va a ser difícil —anunció. Explicando—: Stuart Harper ha sufrido una lipotimia[8] y se encuentra en cama guardando reposo por estricta prescripción facultativa. Su esposa Pamela, lo mismo que Connie, viuda de Jess Harper, ha sufrido un profundo ataque de nervios. Morgan, la hija de Stuart y Pamela, se encuentra fuera del país perfeccionando sus estudios de Arqueología, así que...

—¿Qué me dices de Geraldine Harper?

—Es la única disponible para hacerte los honores, y lo digo sin el menor atisbo de ironía. ¿Quieres aguardar en la biblioteca? Es la segunda puerta a la derecha —extendió una mano hacia el corredor que principiaba al fondo de la enorme rotonda que componía el vestíbulo de ese pasillo.

—Gracias por tus buenos servicios, pequeña. Si algún día te sientes aburrida, llámame, ¿eh?

—¿Qué opinará Isadora si lo hago?

—¿Forzosamente tiene que enterarse?

Sharon hizo un guiño de picardía, susurrando:

—Bien pensado, creo que no. Y ahora, si me disculpas, tengo mucho que hacer.

—Entiendo.

Geraldine Harper apenas si tardó cinco minutos en aparecer por la estancia confortable y regia que servía de biblioteca y despacho, en la planta ocupada por Stuart Harper y familia, donde el policía se acomodara provisionalmente.

Se puso de pie al verla entrar.

—Buenas tardes, inspector.

Las virtudes físicas de que carecía en lo relacionado a la belleza, las suplía largamente con aquélla su elegancia innata, con la personalidad arrolladora de su presencia y aquel saber estar que caracterizaba a las auténticas señoras.

Vestía rigurosamente de negro, lo que acentuaba mucho más la profunda palidez de su rostro y las enormes ojeras que envolvían

sus ojos en el interior de una elipse morada.

—Lo siento, *miss* Harper. Entiendo que para ustedes es algo más que una tragedia.

—Sharon me ha dicho que su visita es profesional —hizo un gesto, indicándole que tomase asiento en la misma butaca donde ella lo había sorprendido al entrar. Hizo lo propio delante de él, preguntando—: ¿Cree verdaderamente que podemos ayudarle en algo?

—Se habla de una leyenda...

Geraldine, palideció todavía más. Hecho que utilizó el policía, para interrogar:

—¿Hay algo al respecto, señorita, que yo deba saber? Piénselo, se lo ruego, antes de contestar. Piense también que es la vida de ustedes, de los Harper que hoy lloran la desaparición de sus más íntimos, la que está en juego.

Ensayó un ademán de profundo abatimiento, murmurando con un hilo de voz:

—Sí... Sí, inspector. Creo que hay algo que usted debe saber.

—Le escucho.

Geraldine guardó silencio, profundo y abstraído silencio, antes de articular:

—La leyenda no se corresponde exactamente con la realidad de lo sucedido hace doscientos años.

—¿No...? —Enarcó las cejas el hombre de Scotland Yard.

—No... Vernon Harper, el antepasado nuestro que vivió en 1785, famoso por sus terribles experiencias a la hora de capturar brujas y brujos, adeptos del diablo, nigromantes, etc., fue realmente un verdadero adelantado en el campo de la oftalmología, especialidad de la Medicina en que estaba doctorado.

—¿Por qué un oftalmólogo había de involucrarse en semejantes mezquindades?

—Le ruego que no me siga interrumpiendo, por favor —cortó con sequedad.

—Perdón...

—Vernon, por lo que dejó escrito, experimentó al parecer en terrenos de la cirugía óptica negados a sus contemporáneos. Prácticas las suyas, por lo que se desprende de sus escritos, que habrían sido tachadas de diabólicas si las hubieran sabido los

médicos de su época.

«Hace doscientos años, nuestro antepasado tuvo acceso a lo que hoy definimos como trasplante de córnea. Se le planteaba, eso sí, un problema: necesitaba cobayas humanos con los que experimentar. De ahí su otra faceta profesional como inquisidor, *picador*, perseguidor de brujas... Empleaba a los supuestos devotos de Satán en sus probaturas médicas».

—¿Qué ocurrió exactamente con Joanne Newman? —No pudo resistir la tentación de interrumpirla el inspector McAdams.

—Era ciega, pero no carecía de ojos como dice la leyenda. Vernon le devolvió la vista. Y también la enseñó a hablar pasando largas horas en aquel lóbrego recinto donde la había confinado su madre. Mi antepasado acabó enamorándose de aquella criatura de dieciséis años y cometiendo en su cuerpo virginal toda clase de aberraciones sexuales. Al darse cuenta de los extremos a los que había llegado y temiendo que Joanne, en el momento menos esperado, pudiera revelar aquel terrible secreto, decidió deshacerse de ella. Utilizando drogas la hizo enloquecer, y luego, sirviéndose de disfraces que reproducían parte del aspecto de un lobo, simuló posesiones diabólicas, logrando que hubiera testigos en una de ellas. El resto, lo puede imaginar.

Tras una pausa, Geraldine, con la cabeza inclinada como si sintiera vergüenza ajena, añadió en tono quedo, apagado:

—Lo único auténticamente irreal, que por paradoja parece corresponderse con la leyenda fue el hecho de que en la pira, Joanne Newman, a la que se le había arrancado antes la lengua... *habló*. Pronunciando la terrorífica maldición.

—Quiero hacerle una pregunta que no tiene que ver con la leyenda, señorita Geraldine.

Alzó ahora la vista para fijarla en las agradables facciones del policía.

—¿Y es...?

—Muertos sus hermanos Donald y Jess, ¿cómo queda la distribución de la herencia?

—Esperaba que fuera eso —musitó con ahogado desprecio. Respondiendo no obstante—: De acuerdo con el testamento otorgado por mi difunto padre, todos los bienes de Jess y Donald pasan a ser propiedad de Stuart quien, por su parte, tiene que

contraer un compromiso notarial en el que reconozca su deber de pasar mensualmente una cantidad decorosa, a manera de pensión, a las viudas e hijos de los fallecidos. Amén de una participación del cinco por ciento en los beneficios de los negocios que aquéllos pudieran tener.

—¿Y usted?

—Yo tengo un vitalicio inalterable y un rédito del siete por ciento en el superávit anual que mis hermanos obtengan en sus actividades comerciales o mercantiles.

—¿Lo dispuso así su padre?

—Sí...

—Entonces, en el terreno económico, no se deriva ningún beneficio para usted de la muerte de sus hermanos, ¿verdad?

Geraldine Harper brincó de la butaca como si algo muy agudo acabara de pinchar sus posaderas.

Fulminando al policía con la mirada, sentenció:

—Esta casa se debate entre el dolor y la tragedia, inspector McAdams. La familia Harper estamos llorando la horrible pérdida de nuestros deudos más allegados, y usted, usted... ¡le ruego que se vaya de esta casa!

—Señorita —se había puesto en pie a la par que ella—, yo le ruego también, que trate de comprender. Mi obligación es preguntar... Y eso, en las circunstancias de ahora, es todavía más desagradable de lo normal. Lamento haberla ofendido, sí. Pero entienda que, como policía, no puedo aceptar el regreso a la vida de Joanne Newman para cobrarse la venganza que profirió hace dos siglos. Tengo que sospechar, forzosamente, que existen otros motivos más prácticos y reales, más ambiciosos y humanos, para que alguien haya hecho lo que la noche pasada sucedió en el viejo caserón. Ahora, con su permiso...

Salió de la estancia, pero no de la mansión de los Harper.

Tras media hora de dar vueltas por el edificio, saludando a personas conocidas, haciendo preguntas, triviales unas e intencionadas las otras, Murray pensó que quizá Stuart Harper, si se había recuperado de la lipotimia, estuviera en condiciones de responder algún interrogante.

Era cuestión de tacto.

Decidió, primero, averiguar en qué habitación descansaba el

enfermo. Saberlo, no resultó difícil.

Pero aún tardó más de una hora en decidirse, luego de tomar toda clase de seguridades respecto a que los supervivientes de la familia se encontraban en la sala donde se había instalado la cámara mortuoria después de que los cadáveres, o lo que restaba de ellos, hubiesen sido trasladados a la casa procedentes de la morgue.

El dormitorio estaba sumido en agobiante penumbra y el más absoluto de los silencios.

Apenas la tenue y desacompasada respiración de Stuart Harper, tendido en el lecho, ponía una nota de vida en el ámbito.

Despacio, caminando de puntillas, Murray se fue acercando al lecho.

Iba a inclinarse sobre el enfermo cuando creyó escuchar, en el pasillo, pasos que se acercaban.

Pasos quedos, como de pies arrastrándose por encima de la alfombra, pero que se dirigían a aquel cuarto.

Ahogando una exclamación de rabia, nervioso, miró a su alrededor buscando algún lugar que pudiera servirle para ocultarse.

—¡Los cortinajes! —masculló tenuemente.

En efecto, las paredes de la habitación estaban cubiertas con ondulantes y recargados cortinajes de terciopelo granate, tras los que se ocultó precipitadamente, asomando la mirada por entre una de las rendijas.

La puerta, muy despacio, se estaba entreabriendo...

Para dejar paso a una mujer, de largos cabellos negros y ojos extraordinariamente verdes, cubierta con una vaporosa túnica blanca que transparentaba su desnudez, empuñando entre los dedos de su diestra el mango de una daga cuya hoja acerada refulgía en dorados destellos.

Era... *¡era Sharon Taylor!*

Un caos de confusión estalló en el cerebro de McAdams al preguntarse a qué razón obedecía aquel siniestro ceremonial.

Iba a salir de su escondrijo cuando detrás de la secretaria del malogrado Jess Harper, que parecía estar sumida en un profundo trance hipnótico, acertó a distinguir un bulto. Una silueta enfundada en negros, impenetrables ropajes, de la que a la altura de lo que debía ser la cabeza y donde hallarse los ojos, surgía un brillo rojizo, demoníaco, de dos círculos incandescentes.

Una voz que brotaba también de aquel engendro pronunció:

—¡Mátalo, Joanne! ¡Corta su cuello! Es el último que queda...

La muchacha, que daba la sensación de flotar encima del suelo, giró despacio sobre sí misma, para enfrentarse a los *ojos y a la voz*, respondiendo:

—No... no es el último. *Tú también eres una Harper, Geraldine.*

—¡Maldita estúpida! —rugió enloquecida la otra, al tiempo que se desprendía de sus ropajes efectistas. Añadiendo—: Tu obligación es obedecerme, desgraciada. ¡Mátalo!

Una terrible carcajada brotó de los labios de la joven antes de anunciar:

—Yo sólo le obedezco a Él, a mi señor Satanás.

—¡Loca! Lo de tu iniciación en el bautismo diabólico fue una farsa para someterte a un estado de hipnosis. Yo te elegí como instrumento de mi venganza contra aquellos que se habían quedado con la parte de la herencia que legítimamente me correspondía. Y lo hice poco antes de que se cumplieran los doscientos años para hacer creer a todo el mundo que...

—Soy, realmente, *Joanne Newman* —desgranó con demoníaco énfasis, la que se conocía como Sharon Taylor. Añadiendo—: Estaba previsto que así sucediera, Geraldine... Que me buscaras para asignarme en tu ficción asesina el papel que Satanás me había asignado realmente. Yo... *tengo doscientos años de edad.*

Murray McAdams, oculto tras los cortinajes, estaba paralizado por el estupor.

—*Doscientos años...* —repitió la voz de aquella que cubría sus pródigas exuberancias con vaporosa túnica blanca—. Mírame bien...

Lo que ocurrió en aquel momento fue algo tan patético, tan estremecedor, que el hombre de Scotland Yard no podría olvidarlo mientras viviera.

La carne que rodeaba los huesos de la supuesta Sharon Taylor empezó a desintegrarse lo mismo que si ella estuviera sumergida en un baño ácido. Una serie de burbujas espectrales, dantescas, comenzaron a hervir encima de su piel tersa y suave, royéndola con una velocidad muy superior a la que era capaz de desarrollar la retina humana.

En cuestión de segundos, del cuerpo de la hermosa mujer de

cabellos negros y ojos verdes... *¡no quedó absolutamente nada!*

Huesos... *¡un esqueleto cuya calavera batía las mandíbulas tétricamente lanzando al ámbito trepidantes carcajadas!*

Geraldine Harper lanzó un aullido de horror:

—¡¡NOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO!!

Que hizo despertar bruscamente a Stuart Harper de su apacible sueño.

—¿Quién...?

McAdams en aquel momento, había logrado zafarse al inmovilismo en que lo encerraba su total estupefacción.

Salió de entre las cortinas empuñando su pistola reglamentaria.

—¡Detente, Sharon... Joanne, o quién diablos seas!

No le hizo caso, no.

El esqueleto ya se había enroscado con tintineo siniestro en la naturaleza de Geraldine Harper, accionando la daga con morbosidad febril para seccionarle la yugular y la carótida de un certero tajo.

La impoluta blancura de los huesos de aquel ser de ultratumba se bañaron en sangre mientras las demenciales carcajadas no dejaban de estallar ni un solo momento.

Stuart pugnaba, horrorizado, por escapar del lecho...

Murray notaba el temblor en su mano armada ante la duda de si debía o no disparar, pensando que la que correría serio peligro de caer bajo las balas era, en verdad, Geraldine...

Geraldine estaba muerta. Degollada. Escupiendo chorros de sangre por aquellos enormes boquetes. Doblada en tierra como una marioneta abandonada de los hilos de su vida ficticia.

¡Disparar, tenía que hacerlo!

Pero el índice se relajó en torno al gatillo cuando sus ojos desorbitados, llenos de asombro y locura, comprobaron... que la esquelética silueta asesina, el espectro de Joanne Newman, *se había volatilizado sin dejar el menor rastro.*

Un gruñido surgió de la garganta del policía.

Luego, mirando hacia el lecho, comprobó que Stuart Harper había vuelto a desmayarse.

—Mejor... —susurró, tomando conciencia de que temblaba—. Cuando vuelva en sí no logrará recordar nada. Además, con esta penumbra y la lógica torpeza de sus ojos, difícilmente podrá

explicar lo que ha visto, si es que en realidad ha visto algo. ¿Lo... lo he visto yo?

La evidencia del cuerpo de Geraldine Harper desangrándose encima de la alfombra era la respuesta.

La diabólica y horrible respuesta.

Murray pensó que debía salir de aquella estancia como al entrar: sin que nadie se percatara de su paso por el dormitorio de Stuart Harper.

Porque nadie, absolutamente nadie, creería lo que él tenía que explicar.

Mejor no explicar nada.

A nadie.

Ni al Condestable Jagger. Ni a la misma Isadora. Porque tampoco ella le creería.

Tuvo suerte, ya que pudo salir de la mansión sin que ni una sola persona se percatara de ello.

¡Ya avisarían a la Policía cuando descubriesen el cadáver ensangrentado de Geraldine!

McAdams se dirigió al primer *pub* que se puso en su camino para tomarse tres *whiskys* dobles a la carrera.

Cuando su superior pudo localizarle, estaba sumido en vapores alcohólicos, gravitando en una dimensión de tranquilidad y luces, guiños picarescos y mujeres que se le ofrecían impúdicamente.

¡Aquello era vida!

Bruce Jagger, tras haberle localizado, le gritó:

—¡Vuelva a la mansión de los Harper, Murray McAdams!

—Sí... ¡Hip! ¡Sí, señor...! ¿Qué ocurre en la mansión de los Harper?

—Dos nuevos asesinatos. Les han cortado el cuello a Geraldine y a su hermano Stuart.

¡STUART...!

Al inspector de Scotland Yard la borrachera le abandonó al instante como por arte de birlibirloque.

Jamás en su vida se había sentido más lúcido.

Pero aun así, el auricular escapó de sus manos balanceándose al extremo del hilo que lo mantenía ligado al aparato telefónico como un trágico y oscilante péndulo.

—Ha vuelto... —murmuró—. *La poseída ha vuelto para*

culminar su venganza.

Por el penduleante auricular surgió el berrido del Condestable Jagger:

—¡McADAMS DEL DIABLO! ¿SIGUE AHÍ?

—¡Mierda!

FIN

Se está librando una **Guerra Secreta**
en algún rincón del Universo

¡Todos los **superhéroes** participan en ella!

¡Es una guerra a muerte!

Sigue a tus héroes

¡Lucha con ellos en otra galaxia!



De la mano de COMICS FORUM
ya llega la colección

SECRET WARS

El más clamoroso éxito de Marvel.

Intriga...
Acción...
Misterio...
Emoción...

Todo eso y mucho más
encontrará en las novelas
de la colección

TOP SECRET

Cuando empiece a leer una
de estas novelas,
rigurosamente inéditas, no
podrá dejarla hasta llegar
al final.

Ese es el propósito de los
grandes AUTORES, que le
ofrecen sus mejores obras
en la colección.

TOP SECRET

FORUM ofrece un apasionante estilo de comics

¡Busque en su quiosco a **Conan**
el Bárbaro, **La Patrulla-X**, **Alpha**
Flight, **Iron Man**, **Capitán América**,
Spiderman, **La Masa**, **Indiana Jones**...
...y muchos, muchísimos
Superhéroes más!

En cada comic encontrará
un Cupón de Pedido de números atrasados

**¡Venga a la Aventura
con Comics Forum!**

A-028



Si le atrae lo desconocido

GALAXIA 2000

colmará sus aficiones

Si desea saber cómo puede
ser la vida en otros mundos

GALAXIA 2000

le informará

Si su fantasía le lleva a
evadirse de este siglo XX

GALAXIA 2000

le transportará al futuro

La imaginación de los
grandes AUTORES puesta a
su servicio en sus mejores
obras, rigurosamente
inéditas, que hallará en la
Colección

GALAXIA 2000

Los magníficos hombres
del Lejano Oeste
cabalgan de nuevo en

MUSTANG

hombres rudos y violentos,
a veces justicieros y
pacificadores,
a veces cuatreros, tahúres
o forajidos,
pero siempre apasionantes.

Todos aquellos que crearon
un mundo legendario
cobran vida en las novelas
de la serie

MUSTANG

Y no lo olvide:
en **MUSTANG**

sólo encontrará novelas
rigurosamente inéditas de
los mejores autores

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.

NOTAS

[1] Nombre que se daba al demonio o espíritu maligno que, según la creencia popular —muy extendida en la Edad Media y aún muy entrado el Renacimiento— tenía comercio carnal con una mujer, a la que se aparecía adoptando aspecto de varón. (Nota del Autor).

< <

[2] Actualmente es la capital de la división oeste del Condado de Sussex (West Sussex), uno de los integrados como reino, después del siglo xvi, en los siete reinos anglosajones que formaron la Heptarquía. Chichester es ciudad cercana al Canal de la Mancha. Su pieza arquitectónica más importante es la Gran Catedral, que data del siglo xi. (Nota del Autor). < <

[3] Según los demonógrafos, Belfegor es el demonio de los descubrimientos e invenciones. Para seducir a los hombres tomaba forma de mujer joven y hermosa. Y a la inversa cuando el objeto de su posesión era una hembra. (Nota del Autor). < <

[4] Personaje rigurosamente verídico que vivió en Inglaterra allá por 1644. Fue uno de los *picadores* más notables, y el más cruel, según le describieron sus contemporáneos y posteriores, de cuántos vivieron en el Reino Unido durante la etapa en que la búsqueda de brujas y demonios fue una práctica muy extendida. Se llegó a reconocer como profesión, la de *picador*, experto en descubrir brujos y brujas y hallar en sus cuerpos la marca del diablo. Mateo Hopkins, que se distinguió desde siempre por su brutalidad y sanguinarios instintos, se arrojó el título de *descubridor general de brujas*. Acompañado de un ayudante llamado Sterne y de una mujer, tan sádicos y crueles como él, recorrió los condados de Essex. Sussex. Norfolk y Huntingdon; interrogaba a los acusados valiéndose de los tormentos más inauditos, obligando a las víctimas a admitir y confesar las cosas más absurdas e imposibles. (Nota del Autor). < <

[5] *Licantropía*. Nombre dado en Medicina —algunos autores divulgaron el impropio de *Licantropía*— a diversos estados neurológicos y psicosomáticos, muy especialmente a la manía en la que el enfermo se imagina estar transformado en lobo imitando los aullidos de este animal. Esta alteración psíquica fue aprovechada antiguamente por los brujos y adeptos al culto satánico, para fomentar la creencia de que el diablo se aparecería en el transcurso de los *sabbats* y aquelarres en forma de hombre-lobo para copular con las brujas. Ciertos autores apuntan la posibilidad de que algunos brujos se disfrazaban de lobos estableciendo luego contacto carnal con sus compañeras de rituales diabólicos. Otros se inclinan por otra posibilidad: la de que en algún *sabbat* se ofreciera el espectáculo del coito entre un perro lobo amaestrado y una bruja. Son muchos los escritores que consideraron esta última opción como un acto, además de monstruoso y aberrante, irrealizable. Sin embargo, los nazis demostraron su factibilidad en los siniestros campos de exterminio donde cientos de mujeres judías fueron violadas por *dobermans* adiestrados para esa práctica brutal. (Nota del Autor). < <

[6] Marca del Diablo. (Nota del Autor). < <

[7] En opinión de muchos demonógrafos de los tiempos en que transcurre la primera parte de esta historia, el objetivo principal de los torturadores consistía en buscar en el cuerpo del reo el *sigillum diaboli*. Tal marca, según las creencias populares, dejaba totalmente insensibilizada la parte del cuerpo donde estaba impresa. Se hacía necesario, pues, hallar en la naturaleza del torturado una señal o marca que fuera insensible al dolor, lo que se comprobaba introduciendo largas agujas en la carne, allí donde apareciese una mancha, lunar, verruga o cicatriz. Si la víctima no exteriorizaba dolor alguno, era prueba irrefutable de que se trataba de una discípula y devota de Satanás. A partir de ahí, obtener la confesión del reo se convertía en un «placer» para sus verdugos y torturadores. (Nota del Autor). < <

[8] Pérdida súbita y pasajera del sentido y del movimiento, con palidez del rostro y debilidad de la respiración y circulación. (Nota del Autor). < <